



HIJO DE LAS ESTRELLAS

Autor: **Quintín García Muñoz**

Portada: **Alejandro García Gil**

Depósito Legal: M-18167-2012

Impreso en EIMPRESION

Núm. Reg. Propiedad Intelectual: Z-04-12

Dedicado a aquellos hijos de las estrellas que, habitando entre nosotros, siembran la esperanza en la raza humana, aunque ellos mismos se sientan desterrados y exiliados de su propio mundo, sea el que sea, tanto en el tiempo como en el espacio.

CAPÍTULO 1

Las estrellas titilaban en aquella oscura noche de verano sobre una anónima y estrecha carretera comarcal. Un sendero plateado que zigzagueaba y se perdía entre las altas montañas.

El susurrar de un arroyo acompañaba el profundo silencio nocturno, interrumpido esporádicamente por la fugaz vibración de una cálida brisa que ascendía desde los angostos valles.

Los futuros viajeros caminaban embebidos en tan extraordinarios y a la vez sencillos acontecimientos naturales. Se sentían acariciados por un invisible manto de beatitud y paz, que si bien habían saboreado en otras ocasiones, en este preciso instante les envolvía como una madre que toma en sus acogedores brazos al hijo recién nacido.

Podían considerarse como niños ante el nuevo mundo que les daba la bienvenida.

Michael, mientras se acercaba hacia el lugar donde esperaban sus hermanos mayores, recordó los acontecimientos que les habían llevado hasta allí.

Ya no volvió a mirar atrás, sino que siguió “flotando” por el aterciopelado asfalto.

Cuando ascendió los tres peldaños fue envuelto por una luz cálida y tibia. Percibió la dulce ternura de una palma que envolvía sus dedos, y la inmensa paz que inundó su corazón se transmutó en múltiples lágrimas, que deslizándose cuales hilos de luz, no se detuvieron hasta acariciar el brillante y pulido suelo de color azul turquesa.

Los ojos de alguien, siempre intuido y amado, sonrieron y dieron la bienvenida.

CAPÍTULO 2

-¡Salven a mi niño!-gritó la joven madre con terrible desesperación.

Las frías y azuladas aguas de un enorme canal, donde las mujeres lavaban la ropa, habían engullido al pequeño de dos años.

-¡Auxilio!-volvió a rogar mientras sentía cómo el corazón estaba a punto de obturar la garganta con intensos espasmos.

-¡Mi niño!

Todas las mujeres, que permanecían a su lado cantando y riendo, se lanzaron a la desesperada en pos del pequeño que desaparecía bajo las trémulas e impasibles aguas.

Unos metros más allá, el canal desembocaba en el río mediante un enorme salto de agua, que servía de represa para regar los huertos del pueblo.

Tres largos e interminables minutos fueron los mudos testigos del enloquecimiento de aquellas mujeres, que en aquel niño veían lo que podía haber ocurrido a su propio hijo.

No llegaron a tiempo y contemplaron cómo el niño caía por la catarata artificial y se perdía entre los juncos del río.

Aunque alguien lo hubiese extraído de las aguas en ese preciso instante, con toda probabilidad, el pequeño ya estaría ahogado.

Mientras tres mujeres sujetaban a la madre para que no tirase desde lo alto, más de tres metros de desnivel, apareció un agricultor que con sus fuertes brazos agarró por el cabello al niño y lo sacó de las impertérritas e impasibles aguas.

Las mujeres descendieron los peldaños de una vetusta escalera de piedra. Vieron aterrorizadas que el labrador escrutaba en el niño la menor señal de vida sin hallar respuesta.

La madre se desmayó y cayó al lado de su hijo cuando contempló el color pálido del pequeño.

La más atrevida de las lavanderas intentó devolverlo a la vida, pero pasaron otros cuatro minutos sin poder ser reanimado.

Como si de una terrible pesadilla se tratase, nada parecía tener sentido. La vida de un inocente se había escapado.

Entonces... ocurrió lo imposible.

El pequeño tosió y expulsó una bocanada de agua.

Habían transcurrido más de diez interminables minutos. Algo extraño había sucedido.

Las mujeres gritaron: “*milagro...el ángel de la guarda*”.

Nadie supuso que quizás, tal vez, había nacido un nuevo hijo de las estrellas. Uno de los muchos que habitan, diseminados e inadvertidos, en nuestro azulado planeta.

CAPÍTULO 3

En algún lugar del Pirineo francés. 1946

-¡Más deprisa!-gritaba un hombre mayor a su acompañante mientras ambos corrían a toda la velocidad que les daban sus piernas...y su miedo.

-No puedo ir más rápidamente-respondió el más joven.

-Hay que avisar en la gendarmería.

-¿Crees que los alemanes nos están invadiendo de nuevo?

-Seguro.

-El artilugio... parecía una cacerola.

-Más bien...dos platos colocados uno sobre otro.

Los pastores franceses “volaban” como alma que lleva el diablo.

-¿Y los tres hombres?... Bueno... lo que fuesen...

-¿Los tres buzos?

-Sí, eso.

-Llevaban fusiles... ¿No?

- A mí me han parecido haces de fuego. ¿Crees que todavía nos persiguen? – seguía hablando el joven como si se fuese a acabar el mundo, y el terror no le permitiese estar callado.

-¡Acelera el paso y no mires atrás!

Habían recorrido la mitad de la distancia entre el pueblo y el lugar del avistamiento, cuando ambos se detuvieron.

Comprobaron que no les perseguía nadie.

-¿Y qué pasará si no son alemanes? ¿Qué nos dirá el sargento de la gendarmería?-preguntó de nuevo el joven.

El hombre mayor le miró con los ojos extraviados en algún lugar de su mente.

-Tal vez deberíamos regresar y comprobar antes, si todavía están.

Los dos pastores, más tranquilos ya, volvieron sobre sus pasos. Se acercaron hasta la pradera en la que había ocurrido el extraordinario acontecimiento, pero no encontraron la máquina infernal alemana. Sólo hallaron la tranquilidad y la paz habitual del lugar. Las ovejas apenas se habían movido. El perro las mantenía a raya.

-Es extraño-dijo el joven

-Ya lo creo.

-Quiero decir que es raro que hayamos visto unos hombres plateados con rayos de fuego.

-No te entiendo.

-Pues que estamos junto a la ermita... ¿No?

-No comprendo qué quieres decir.

-Y... ¿Si no eran alemanes y eran ángeles con espadas de fuego?

-¡Jean Paul! ¡Por Dios! ¡Cállate de una vez y no digas más tonterías!-le recriminó el mayor.

-Es que todo me parece como un sueño...no sé qué decir.

-¡Quizás deberíamos mantenerlo en secreto!

-¿Crees que pensarán que estamos locos?

-Casi seguro.

Mas... una cosa era intentar guardar el secreto, y otra... conseguirlo.

CAPÍTULO 4

$$\begin{array}{r} 456789321 \\ * \quad \underline{\quad 987} \end{array}$$

Era la multiplicación que había escrito el maestro en la pizarra.

-¿Quién desea salir a resolver la multiplicación?

Michael levantó la mano.

-Adelante

El pequeño subió los peldaños de madera, tomó la tiza, miró unos segundos la operación y escribió

$$450851059827$$

-Vaya. Ya tenemos un gracioso en clase-dijo con sorna el maestro.

-Vete al rincón y ponte con los brazos en cruz sosteniendo estos dos libros.

-Pero...profesor

-Al rincón.

-Jean-llamó al que mejor nota había sacado el curso anterior.

-¿Sí, profesor?

-Haz tú la operación.

El muchacho salió al estrado, y tras cuatro minutos de operaciones y la ayuda del profesor terminó la multiplicación.

450851059827

Aunque el maestro había borrado el resultado escrito por Michael, un alumno que había apuntado la cifra en su cuaderno dijo.

-Es lo mismo de Michael.

-¡Eso es imposible! dijo el maestro.

-Sí-gritó otro. Yo también lo he anotado en el cuaderno.

El profesor comenzó a entrar en una fase aguda de ira.

-Sube, Michael.

Y de nuevo escribió otra multiplicación, pero esta vez el multiplicador fue de cuatro cifras.

$$\begin{array}{r} 6768993524 \\ \underline{\quad * 9876} \end{array}$$

Veinte segundos más tarde escribía Michael:

$$66850580043024$$

Todos los alumnos echaron a reír.

El maestro se puso rojo, y cegado por la ira comenzó a desarrollar la multiplicación lo más rápidamente que pudo.

Después de siete minutos, cincuenta segundos, varios errores y sus correcciones pertinentes, consiguió presentar el resultado.

$$66850580043024$$

Algunos alumnos aplaudieron y el profesor gritó a Michael

-¡A tu pupitre!

A partir de aquel día el maestro se convirtió en un enemigo.

A la edad de siete años, Michael comprendió que su inteligencia podía llegar a ser un terrible agravio hacia algunos, aunque también era cierto que en otras personas causaba una profunda admiración.

-¡Mamá dame la merienda!

-Primero, haz los deberes.

-Sí mamá.

Después de terminar, salía a jugar con sus amigos al fútbol... era lo que más le gustaba.

CAPÍTULO 5

Como todos los sábados, en el bar de su tía se llenaban las mesas de jugadores de cartas. Un café, un puro, una copa, un cigarro, otra copa y largas horas de partidas de póker, era la forma habitual de pasar las interminables y lluviosas tardes de invierno.

Michael era el tesoro máspreciado de su tía Madeleine. Sentía un amor desmesurado por los ojos grandes y oscuros de su sobrino. Paulatinamente había ido comprendiendo el dulce corazón amoroso de aquel niño, al que las difíciles circunstancias de su entorno irían cubriendo, ante los desconocidos, con un extraño rostro indescifrable e impenetrable.

Madeleine había escuchado y visto muchos detalles en su sobrino que indicaban su preclara inteligencia, y no tenía ningún reparo en acercarle a la mesa de los mejores jugadores de póker de la "petit village" como cariñosamente denominaba a su pueblo pirenaico cerca de la ciudad de Pau.

-Quédate siempre con un jugador, y nunca te muevas alrededor de la mesa.

-Entiendo tía.

Uno de los jugadores, François, por aquel entonces sólo amante de Madeleine, era el que más le mostraba los trucos del juego.

-Esta es mi carta favorita: Pallas-le susurraba en voz baja François a Michael-. Cuando me llega, ya sé que voy a ganar.

En algunas ocasiones, el niño descubría las cartas de François con la expresión de su rostro, y muy pronto aprendió a rectificar y permanecer inexpresivo. En otras ocasiones, cuando François no tenía que hacer ningún viaje con el camión, le enseñaba a jugar. A pesar de ser el mejor de los jugadores del pueblo, pronto se vio superado por la capacidad mental del muchacho.

-Si no lo veo, no lo creo-protestaba François.

-Le has enseñado muy bien, François-contestaba Madeleine, y, sonriendo, le invitaba a pasar al interior de la casa.

CAPÍTULO 6

Apenas hacía unos minutos que Madeleine había tenido entre sus brazos a François, el hombre, y en ese preciso instante estaba ahí delante de su camión haciendo bromas infantiles con Michael. Decididamente los hombres eran unos niños. Su corazón estaba feliz al ver a los dos juntos.

-Vamos Michael, sube a la cabina.

El camión era un estupendo Berliet de 1955. Su cabina de color rojo era una verdadera atracción para los chicos del pueblo, quienes siempre rogaban a François que les dejase subir.

Madeleine percibió unas lágrimas que se deslizaban en su rostro cuando el camión dobló la esquina en dirección a la carretera. Era algo que las mujeres siempre habían hecho: ver partir a sus hombres al trabajo, a la guerra, a cualquier sitio mientras ellas esperaban que regresasen.

Madeleine era una mujer muy atractiva. Su cabello corto, rizado y muy oscuro hacía que sus ojos morenos resaltasen todavía más sobre la piel blanquecina.

Únicamente dos hombres habían visto su delicado busto. Su novio, que cayó en el frente de las Ardenas, y François.

En muchas ocasiones, cuando amaba a François lloraba. Su corazón no podía resistir el terrible contraste entre tantos sufrimientos y penurias y la esplendorosa alegría de la felicidad. Sin embargo, nadie lo diría, pues era considerada por los clientes del bar como la mujer más fría e inasequible para cualquier mortal. Era cariñosa, pero cualquier intento de llegar un poco más allá de las palabras amables terminaba en una mirada que dejaba a cualquier hombre petrificado.

François y Michael viajaban en el camión, felices, como dos niños que tienen el juguete más preciado del mundo. Harían ni más ni menos que un viaje de casi seiscientos kilómetros.

-Marseille te encantará-dijo François a Michael, mientras le despeinaba el flequillo con la

mano derecha y sujetaba el enorme volante con la izquierda.

Michael posó su mano sobre el hombro de su amigo y maestro de póker.

Aquel momento se podría describir como la felicidad absoluta y eterna. Un instante, un efímero segundo en el que dos corazones inocentes se sentían unidos. Un estado de beatitud que permanece para siempre, escondido en lo más profundo de cada ser, y que los humanos buscan a lo largo de toda su vida.

Tal sentimiento era como una piedra preciosa, como el más refulgente de los diamantes que el hijo de las estrellas se llevaría de este planeta cuando su tiempo hubiese llegado.

CAPÍTULO 7

-Podríamos parar aquí-sugirió Michael.

François frunció el ceño, pero buscó un lugar y aparcó el Berliet en una explanada cercana a la gruta de Nuestra Señora de Lourdes.

-¿No crees en estas cosas?-le preguntó el niño a su amigo François mientras descendían del camión.

-Te diré algo Michael. Cuando uno ha estado en la guerra, y ha visto los cuerpos destrozados por las balas, se deja de creer en todo.

-Ya... pero tu no has dejado de tener fe-le contestó el niño como si se hubiese transformado por unos instantes en un adulto.

-Que yo sepa no creo en nada-dijo sorprendido François.

-Sí que crees.

El camionero miró al muchacho sin saber qué contestar.

-Crees en Madeleine.

-Bueno... eso es otra cosa.

-No, François. Tú amas a mi tía... hasta estoy seguro que si fuese necesario darías tu vida por ella.

François miró a lo lejos, hacia la gruta de Nuestra Señora de Lourdes sin poder contener las lágrimas.

Terminaron de atravesar la explanada cercana al río Gave. La mano de François estaba posada sobre el hombro de Michael. Cuando ya no quedaba ningún rastro de lágrimas en sus ojos dijo:

-¡Es bonito este paisaje!

-Te tengo que decir un secreto, François.

El hombre y el niño se detuvieron.

-Sentémonos en el banquito junto al río-sugirió François.

-Veo fantasmas-confesó el niño dejando escapar las palabras casi como si se tratase de un suave murmullo.

François no sabía qué decir.

-A veces, en mitad de la noche me despierto, y a mi lado aparecen tres figuras blanquecinas. Están de pie y parecen mirarme.

-No sé qué decirte, Michael.

-Ya... es normal que no me digas nada. Eres el único al que le he contado esto. Si lo hiciese público, mis amigos y profesores dirían que estoy loco.

-Has hecho bien en mantener el secreto-replicó François.

-Hay algo más.

-Dime, Michael-rogó François que tenía en su retina la figura del niño dominando inteligentemente el juego del póker, y recordando el rumor que se había extendido en el pueblo debido a su enfrentamiento con el maestro.

-En ocasiones tengo visiones. Pienso que veo a través de otros ojos. Como si estuviese encerrado en el cuerpo de otro niño. No sé... es difícil explicar.

-Entonces... ¿tú piensas que la aparición de la Virgen puede ser verdad?

-Tal vez es una verdad inexactamente interpretada.

-Disculpa, Michael. No te entiendo.

-Igual que yo veo figuras invisibles para los demás, quizás Bernardette, como muchas personas sencillas, era capaz de ver otros mundos que intentan ayudarnos.

François recordó algo.

-Faltaban pocos meses para terminar la guerra. A un compañero le alcanzó un disparo. Antes de morir miró a lo lejos y levantando las manos exclamó:

"Gracias mamá por estar aquí"

Era como si en verdad estuviese allí su madre.

Los dos permanecieron en silencio. Michael se acercó a François que no pudo evitar derramar lágrimas al recordar a su compañero caído en el frente, y el niño puso la mano en el hombro de su amigo.

De repente, François se levantó, se secó las lágrimas y le dijo a Michael.

¡Vamos... es hora de proseguir nuestro viaje!

-¡A que llego antes que tú al camión!-le retó Michael.

Sin decir nada François echó a correr y al principio ganó al muchacho, pero justo antes de tocar la puerta del Berliet, Michael le adelantó.

-¡Cómo corres!

Michael sonrió pícaramente.

-¿Me enseñarás a conducir? -preguntó el muchacho.

-Por supuesto-respondió François abriendo la puerta de la cabina.

La carretera continuaba entre las verdes y esplendorosas montañas pirenaicas. La humedad cálida permitía que el aroma del boj, de los robles, pinos y hayas penetrase hasta lo más hondo del corazón de los dos amigos.

La vida era bella, hermosa, multicolor y resplandeciente como los rayos de sol que se filtraban entre las altas ramas de los árboles que acariciaban los escarpados y estrechos desfiladeros.

Pero también era cierto que aquellos maravillosos minutos no se podían retener. El tiempo fluía impertérrito a los asuntos humanos y divinos.

El tiempo es la distancia que media entre el nacimiento de un universo y el siguiente, y es tan extenso que incluso los dioses y las estrellas son algo transitorio.

¡Cuanto más las múltiples encarnaciones humanas!

CAPÍTULO 8

El Berliet era extraordinariamente rápido y fue capaz recorrer los doscientos cincuenta kilómetros que separaban Pau de Toulouse, en un solo día, llegando a su destino justo antes del anochecer.

-Vamos a casa de mi amigo Víctor-propuso François.

-¿Es muy amigo tuyo?-preguntó Michael.

-Sí. Estuvimos juntos en el frente y en dos ocasiones le salvé la vida.

-Entonces... sois muy buenos amigos.

-Sí. Así es.

-¿Cómo le salvaste la vida?

-Estábamos en la trinchera repeliendo a los alemanes. Uno de ellos consiguió llegar con la bayoneta calada hasta Víctor. Cuando iba a clavarla

en el pecho de mi compañero, disparé a la cabeza del alemán y cayó redondo.

-¡Qué fuerte!-exclamó Michael.

-Ni te lo imaginas. Cuando se dispara desde lejos es distinto, pero cuando escuchas el atronar de los tanques, el grito de los soldados que atacan y el silbido de las balas, se puede decir que te entra mucho miedo. Hay soldados que ni siquiera reaccionan y se quedan como estatuas de mármol hasta que les alcanza una bala, un obús o la bayoneta del enemigo.

-Y... ¿la segunda vez?

-Te lo cuento otro día. Ya hemos llegado.

-¡François! -exclamó Víctor saliendo de entre los hierros oxidados y amontonados de una enorme chatarrería.

-¿Qué tal, Víctor?

-Muy bien. ¿Y este jovencito?

-Es Michael. Un chico muy listo. Mucho más inteligente de lo que somos tú y yo juntos.

-Encantado, Michael-le dio la mano.

-Hola.

-Espero que os quedéis a cenar y a dormir.

-Por supuesto, Víctor. Te estaremos muy agradecidos.

-¿Ya te ha dicho por qué somos amigos?- preguntó Víctor al joven.

-Me ha contado lo de la trinchera-contestó Michael.

-Me imagino que no te ha comentado la anécdota de cómo me salvó la segunda vez.

-No.

-Él era cabo y yo soldado-continuó hablando Víctor-. Hacía un calor del demonio; me envió a buscar agua, entonces... cayó un obús en el lugar que debería haber estado yo... y me salvé.

Víctor estaba contento de ver a su amigo, y no dejó de reír hasta que llegaron a la caseta que parecía custodiar toda la chatarra del descampado.

-Por cierto. Te guardo una sorpresa- le dijo Víctor a François.

-¡Lo has conseguido!-exclamó François.

-Así es.

Víctor se acercó a una pequeña caja fuerte que tenía escondida en un rincón de aquella desordenada caseta de guarda, extrajo un paño negro, lo acercó con sumo cuidado y lo depositó en la palma de la mano de su amigo.

-¡Mírala tú mismo! -exclamó Víctor.

-¡Un Luis de oro de 1641! -susurró con emoción contenida François.

-No me preguntes cómo he conseguido la moneda, así no te lo tendré que decir-dijo Víctor deseando expresarlo

-De acuerdo. No te lo preguntaré-contestó François sabiendo que su amigo no lo resistiría.

-Por dos monedas de plata del siglo pasado-
contestó con orgullo Víctor.-Ya sé que no actué
como un caballero, pero aquel hombre insistió tanto
y fue tan pesado, que cerré los ojos y cambié la
moneda de oro por las dos de plata que apenas
tenían valor.

-¡Qué moneda tan hermosa!-exclamó
François.

-Di la verdad, amigo. Lo que te gusta es su
valor- añadió sonriendo Víctor.

-Bueno... no lo negaré. Cógela-dijo François a
Michael.

-¡Qué emoción tener algo tan antiguo!-
exclamó Michael.

François sonrió. Aquella simple frase definía
claramente a su joven alumno de póker.

-¡Venga... que se hace tarde... a cenar!- sugirió
Víctor.

CAPÍTULO 9

-¿Era totalmente imprescindible venir a Marseille?- preguntó Michael a François.

-Bueno... -contestó François con cierto misterio en sus palabras- Podríamos haber vendido la mercancía en otro lugar, y lo mismo se podría decir respecto a la compra de botellas de whisky y licores... pero...

-¿Pero?

-Pues que si hubiésemos viajado a otra ciudad-respondió sonriendo François-, no tendría en estos momentos la posibilidad de jugar una importante partida de póker.

-Y ¿yo?-preguntó el muchacho.

-Podrás observar... y como siempre sin moverte ni mirar las cartas de los jugadores.

-¡Estaré con maestros del juego!

-Se podría decir que seremos jugadores de primera categoría, pero los hay que son todavía mucho mejores que nosotros.

-¿Y dónde se encuentran?

-Normalmente en Nice y por supuesto en Montecarlo.

-¿Iremos algún día allí?

-Creo que están fuera de nuestro alcance.

-A lo mejor yo puedo jugar alguna vez.

-Nada hay imposible.

-Ya me veo rico y con una novia guapa... tanto como Madeleine-gritó entusiasmado.

En aquel momento llegaron hasta el destino: una casa particular justo al lado del antiguo "**Bar du vallon**"

Aparcaron el camión en una placita cercana, caminaron unos metros y llamaron a una puerta de madera que tenía un pomo de color dorado.

- Bienvenido, François.

- Buenos días Jacques. ¿Cómo va todo?

- Ya sabes que los niños no pueden pasar-
añadió el anfitrión mirando al joven.

- Michael tiene ya catorce años.

Jacques escrutó la figura del muchacho.
Parecía tenerlos.

- De acuerdo-accedió de mala gana.

Mientras caminaban por un largo y oscuro
pasillo, el anfitrión les comentó:

-Tendremos que esperar todavía a Jules.

François saludó a los otros tres participantes,
cuyo nombre no sabía, ni deseó saber, y se sentó en
la silla indicada por el anfitrión de la partida.

-Él viene conmigo. Es mi discípulo.

Los otros tres jugadores le miraron sin apenas
prestarle atención y permanecieron en silencio.

CAPÍTULO 10

Los jugadores, impacientes, paseaban por la habitación. La partida debía haber comenzado hacía media hora. Por fin alguien llamó a la puerta. Jacques salió a abrir, se escucharon unas palabras y regresó con malas noticias.

-No hay partida. Monsieur Chevalier no ha podido venir.

-¡He recorrido cuatrocientos kilómetros para jugar!-exclamó uno.

-Con cuatro ya no es lo mismo.

-Lo siento, señores-se disculpó Jacques.

El corazón de Michael se aceleró. Quería jugar. Sabía que podía hacerlo. Estaba seguro de que podría ganar...

Tocó el hombro de François.

-¡Tal vez pueda jugar yo!

-¡No sabes lo que dices!

-Alguna vez te he ganado –le replicó inocentemente.

-Ya pero es distinto. Esta partida es algo serio.

-¡Por favor!

François reconoció la expresión de Michael. Recordó sus primeras partidas, y en unos segundos una sucesión de imágenes pasaron por su cerebro.

-¡Tal vez podría jugar mi discípulo!-propuso con voz firme ante los demás jugadores.

-¿Te ríes de nosotros?-le contestó uno de los anónimos.

-Por supuesto que no. Esto es lo que se jugará el joven-respondió François mientras sacaba el Luis de oro de 1641 y lo ponía encima de la mesa.

Los tres jugadores profesionales se acercaron a verlo, y pensaron lo mismo. En cinco minutos el chaval no tendría la moneda y sería para uno de ellos.

-De acuerdo-dijo el más joven de ellos- esgrimiendo una sonrisa apenas disimulada.

Michael estaba obsesionado por jugar, y en aquel preciso instante no fue verdaderamente consciente de lo que François demostraba con aquel gesto. Se sentaron los cinco, se inició el juego, y muy pronto todos se dieron cuenta de que Michael era un extraordinario jugador... pero tenía una desventaja: era joven e inexperto en el juego de la vida.

El nerviosismo se había apoderado de los cinco. En la mesa había una enorme suma de dinero. Michael debería haber sido más prudente, pero estaba seguro de que ganaría con su escalera de color. Era absolutamente imposible que pudiese perder. Ya se veía con toda aquella cantidad de francos. François le observaba. Conocía por lo que estaba pasando Michael. Y también sabía lo que tarde o temprano ocurriría. Era algo que todo jugador tenía grabado en su frente.

El joven moreno anónimo permanecía impasible. Su pelo engominado y su camisa blanca resplandecían. Su rostro era impenetrable.

Michael mostró sus cartas: escalera de color. Sin duda alguna sería el vencedor.

Impertérrito, inabordable, enigmático, el joven anónimo mostró su juego: escalera real.

Michael se desplomó sobre la mesa. Se desmoronó después de sentir un terrible latigazo a lo largo de su columna vertebral, una terrible sequedad en la garganta y algo parecido a una explosión en su cabeza.

CAPÍTULO 11

El rugido del motor era el único sonido que escuchaban los dos amigos, de regreso a “Petit village”. Esporádicamente François miraba a Michael, que se había sumido en un profundo silencio después de lo ocurrido en la mesa de juego. También volvieron a casa de Víctor, pero el muchacho, nada más llegar, saludó con unas mínimas palabras al anfitrión y se fue a dormir. François explicó todos los detalles de lo ocurrido a su amigo de Toulouse durante la cena, y salieron a la carretera a primera hora de la mañana.

-Lo siento, François- dijo por fin el muchacho cuando llevaban una hora de viaje.

-No tiene importancia, Michael.

-Sabes que la tiene.

-Lo más importante es que tú estés bien. Lo demás es secundario.

-Fui demasiado engreído y arrogante al pensar que podía ganar toda aquella cantidad de dinero.

-Todos hemos pasado por lo mismo, Michael.

-Todavía me parece mentira que no fuese capaz de ganar con las cartas que tenía.

-Ya.

-No me quedan ganas de volver a jugar en toda mi vida. Sólo pienso en las cartas, y el estómago me da un vuelco.

-Tal vez es que debe ser así.

-¿Si no vuelvo a jugar nunca más, te parecerá mal?

-Al contrario, François. Para mí será una gran alegría.

-Creía que te gustaba que yo jugase.

-Me gusta estar contigo. Me siento feliz cuando te veo tan interesado en el juego, cuando observo la capacidad que tienes, pero es tan grande

el peligro que para algunas personas encierra, que si se está apartado de este mundo, mucho mejor.

-¿Has conocido a algún jugador fracasado?

-Sí. A varios.

-¿Qué les ocurrió?

-Uno de ellos era el hijo de un acaudalado empresario. Cuando su padre murió, perdió toda la fortuna que había heredado y luego se suicidó.

-¡Dios mío!

-Otro cayó en manos de la "mafia" y le partieron los dedos de la mano.

-¡Qué horror!

-Un buen jugador nunca permite que le venza el deseo de jugar.

-Pero... si no hay deseo, no hay juego.

-Creo que hay que distinguir dos cosas. El placer mental y el deseo de ganar dinero.

-Entiendo.

-Pienso que has tenido suerte con lo ocurrido en Marseille.

-Estoy muy triste por haber perdido tu Luis de oro.

-No te preocupes, Michael. No tiene importancia-le dijo con cariño mientras despeinaba el flequillo del muchacho.

-Gracias, François.

-Lo que te ha ocurrido a ti, de una manera o de otra le sucede a todo jugador. Es la primera vez que te ves dominado por la pasión del juego, te obcecas y pierdes algo muy importante.

-¿A ti te pasó también?

-Sí.

-Cuéntame, por favor.

-Comencé a jugar desde muy joven. Como apenas ganaba dinero trabajando, algunos días le sisaba a mi madre algún franco de su monedero.

-¿Y?

-Un buen día, cuando salí del trabajo, tenía tanta hambre que ya veía el plato que mi madre habría puesto en la mesa. ¡Cuál no fue mi sorpresa cuando llegué a casa y el plato estaba vacío! No había nada para cenar.

-Lo siento hijo. No tenemos dinero-me dijo mi madre.

-¿Tu madre sabía que sisabas dinero de su monedero?

-Me lo dijo su mirada. Los ojos de tristeza de mi madre perforaron mi alma.

Hubo unos segundos de silencio.

-Durante años no volví a jugar, y cuando me atreví a hacerlo deposité una cantidad en un cajón de un armario. Era todo el efectivo que utilizaría para el juego. Unas veces aumentaba, otras disminuía, pero nunca más puse en peligro la cena de cada día.

-¿Sabes? - confesó Michael.

-Dime.

-Todos los días, cuando me acuesto me pongo mirando al techo. Al poco tiempo comienzo a ver multitud de luces. De todos los colores posibles. En ocasiones imagino que las personas, las casas, los vehículos son figuras luminosas. Las hago diminutas, pequeñísimas y me lanzo volando hacia ellas, hasta que entro en esos puntos.

-¡Qué interesante!

-¿Conoces los cómics de platillos volantes?

-Creo que he visto algunos en Pau.

-Bien. Pues muchas noches imagino un platillo volante, lo reduzco de tamaño, vuelo hacia él y entro en ese puntito.

-¿Parece emocionante?

-Es maravilloso. Soy feliz. Así paso muchas horas hasta que me duermo.

-¿Quién te ha enseñado a hacer eso?

-Nadie. Lo hago desde que tengo cuatro años.

-Oye...Michael.

-¿Sí?

-¿Y tiene que ver algo con las tres figuras que aparecen al lado de tu cama?

-No se me había ocurrido-respondió Michael sorprendido.

-Bueno... yo apenas sé algo más que de juego, amor y camiones, pero he recordado la conversación del otro día.

-Quizás tengas razón. Porque a veces, cuando he entrado en los platillos volantes, también ha ocurrido que he visto las figuras cerca de mi cama.

Michael se quedó pensativo y no volvió a hablar más hasta que François le propuso visitar de nuevo el santuario de Nuestra Señora de Lourdes.

CAPÍTULO 12

Aquel verano de 1957 fue muy especial para Michael. Había dejado atrás las escuelas de la “petit village” y después de ayudar en el bar de su tía, se recluía en un cuartito cuya vista daba al río.

Su querido amigo François le había regalado unos pinceles, una espátula, trementina, unos tubitos de pintura y cuatro lienzos.

Los había traído de Pau. Pertenecían a un artista de la gran ciudad, y le habían resultado muy económicos.

Pintar al óleo le encantó. El olor que llenaba el pequeño cuarto, y la posibilidad de rectificar aunque hubiese plasmado alguna imperfección, le emocionaba.

Repasar una y otra vez una pincelada hasta conseguir la forma oportuna le agradaba.

Como algo natural, su primer cuadro fue dedicado al tema de los tres hombres invisibles. Pintó su camita cubierta con una colcha de bellos y múltiples colores, rodeada por paredes azul claro y tres figuras blanquecinas transparentes. Consiguió la transparencia de una forma un tanto burda, pero sí que daba la impresión de que se contemplaban tres fantasmas.

El segundo cuadro fue un platillo volante de color metálico que flotaba bajo las estrellas.

El tercer cuadro representaba una gruta escondida entre verdes y ocres, sumida en neblina, desde cuyo fondo emergía una luz. A la izquierda había un lago bajo luna llena.

Y el último lo dedicó a plasmar una bella rosa. La llevaría a un concurso infantil (para niños menores de catorce años).

Feliz, envolvió el cuadro. Extasiado, caminó hasta la sede social en la que otorgaban el premio. Y pensando que ganaría, lo entregó a la única profesora que ejercería de jurado.

Aquella mujer quitó el papel que cubría el lienzo. Lo miró, frunció el ceño y le dijo sin piedad.

-¡Este cuadro no es tuyo!

-Pero... intentó responder Michael.

-No hay peros que valgan. Esto no es tuyo. Tú sabrás de dónde lo has sacado.

La profesora le devolvió el cuadro y le despidió.

Michael no entendía nada. Atravesó el pueblo, ensimismado, como si permaneciese encarcelado en una terrorífica pesadilla; se acercó hasta el canal, estampó el cuadro contra un saliente de hormigón, y lo tiró al agua.

La bella rosa se hundió desdibujada por los listones partidos y el rasgado lienzo. Durante unos días odió a aquella fría y cruel profesora. Con el tiempo, el dolor desapareció en las benéficas aguas del olvido, y su corazón continuó alegre y jovial.

CAPÍTULO 13

El camino que llevaba a la universidad de Pau pasaba por la academia Midi d'Ossau del pueblecito pirenaico. Los pocos muchachos que podían estudiar una carrera universitaria, necesariamente, debían estudiar varios cursos preparatorios y posteriormente ser internos en algún colegio de Pau, para finalmente poder acceder a la universidad.

Bertrand era el director de la academia y a la vez profesor de matemáticas. Militar retirado, de enorme estatura, casi un metro noventa, y con un bigote fino al estilo Clark Gable, era temido por todos los alumnos. Algunos decían haber visto bajo su americana una enorme pistola.

Cuando entró por la puerta, los quince estudiantes se pusieron en pie.

-Siéntense.

Los alumnos se sentaron y el profesor comenzó a recorrer la clase observando sus atuendos. Cada uno de los niños permanecía quieto, creyendo que recibirían el primer coscorrón en la cabeza, tal y como ya habían sido informados por los compañeros de segundo curso.

Se podían escuchar al otro lado de la ventana los apresurados pasos de los transeúntes, y algún carraspeo de la clase adyacente.

-Espero que todos ustedes estudien hasta que los codos se les desgasten.

Según pasaba detrás de cada pupitre, el cabello rapado de los alumnos parecía erizarse.

-Usted-dijo a Lorian, el joven del último pupitre- mañana traiga el pelo más corto.

-Sí.

-¡Levántese!-ordenó al alumno-¿Cómo dice?

-Sí... señor-respondió dubitativamente.

-Así está mejor. Siéntese.

Por fin se subió al estrado, y los alumnos se relajaron, aunque no por muchos minutos.

-Vamos a ver qué les han enseñado en la escuela. Usted, coja tiza y escriba-señaló al de la primera fila

El alumno, tembloroso, subió al estrado, y Bertrand continuó.

-Vamos a empezar por algo fácil. Una raíz cuadrada.

Los ojos del chaval se salían de las órbitas. Michael y dos alumnos más no pudieron dejar de sonreír.

Bertrand miró a Michael.

-¡Vaya! ¡Si es el famoso Michael! Parece que le hace gracia que su compañero no sepa lo que es una raíz cuadrada.

-Ha sido sin querer-dijo Michael poniéndose en pie.

-Suba usted.

-Escriba 89225 y dígame la raíz cuadrada.

Michael escribió la cifra en la pizarra, y aunque no sabía si sería bueno o no escribió unos segundos más tarde al lado: resultado: 298 y resto 421.

-Bien. Siéntese,

-Para mañana-se dirigió a los quince alumnos- espero que me traigan el desarrollo completo de la raíz cuadrada. Comprobaremos si Michael lo ha calculado correctamente. Ya se pueden ir al recreo.

Cuando Michael salía por la puerta, Bertrand le llamó.

-Michael. Venga un momento.

-¿Sí?-dijo mientras se acercaba.

-Ha calculado correctamente. Enhorabuena.

-Gracias, señor.

-Espero que siga demostrando su talento a lo largo del curso.

-Sí, señor.

-Ya se puede ir a jugar con los demás alumnos.

El profesor se quedó mirando al muchacho. Se preguntó si sería capaz de no apagar la luz de aquel incipiente genio, y que llegase incólume a la ciudad de Pau.

CAPÍTULO 14

-**H**an preguntado por ti tres hombres. Parecían profesores de universidad -le dijo Madeleine a Michael cuando llegó al bar para sustituirla unas horas.

-¿Tres hombres? -preguntó sobresaltado el muchacho.

-Sí. Han dicho que volverían.

-¿Qué querían?-siguió preguntando con un nudo en la garganta.

-No han dicho nada más.

-Aquí tienes las llaves del almacén. Por si te hace falta sacar alguna botella.

-De acuerdo-contestó Michael todavía pensativo por el enigma de los tres hombres.

-A las seis de la tarde estaremos de vuelta-se despidieron desde el camión Madeleine y François.

-Hasta la tarde-respondió Michael.

El Berliet desapareció en dirección a las montañas. Madeleine posó sus dedos en el cuello de François. Se miraron a los ojos y él puso su mano encima de la rodilla de la bella mujer. La carretera se difuminaba entre los bosques de hayas. A medio centenar de metros del pueblecito pirenaico, aproximadamente en el punto kilométrico 15,95 de la comarcal, caminaban los tres hombres que anteriormente habían preguntado por Michael.

-¿Crees que serán de la universidad de Pau?-preguntó Madeleine a François mientras los miraban.

-No sé. Pero el muchacho sueña con ellos-dijo François, sorprendido por sus palabras.

-Tal vez deberíamos volver.

-No parecen delincuentes-contestó François.

-Y si le hacen algo malo a Michael.

-No creo. ¿Por qué le iban a causar algún daño?

-No sé... Simplemente se me ha ocurrido.

-Un Ricard -le solicitó un cliente a Michael desde una de las mesas.

-De acuerdo-contestó el joven camarero. Sin embargo, cuando fue a por la botella observó que apenas quedaban unas gotas.

Michael cogió las llaves del almacén, abrió la puerta. Giró el interruptor. La bombilla de tungsteno parpadeó y al final se apagó. El muchacho acercó una silla que había al lado de la puerta, se subió a ella, y procedió a enroscar más fuertemente la bombilla que parecía no hacer buen contacto.

Una potente descarga le hizo quedarse agarrado a la lámpara. No se podía soltar. Los garrampazos estaban a punto de paralizarle el corazón. Y en ese preciso instante vinieron a su mente las tres figuras blanquecinas que le decían “*tranquilo ya estamos ahí?*”. También se sintió desplazado al cuerpo de otro niño. Parecía estar corriendo con varios jóvenes.

La vida se le escapaba...

Los tres supuestos profesores de universidad llegaron a toda velocidad. El más alto de ellos arrancó el cable de la luz, y Michael cayó en los brazos del segundo hombre, quien con sumo cuidado sacó a niño del almacén.

El camión de François derrapó en la explanada del bar y Madeleine bajó exclamando.

¡Qué le hacen a mi niño!

François se acercó al hombre que llevaba en brazos al muchacho.

-Déjemelo a mí, por favor.

El extraño hombre, que miraba a Michael como si buscara algo en el fondo de sus ojos, lo depositó en los brazos de François.

-Cuidad bien del niño- dijo el humanoide con una voz metálica.

-¿Cómo estás mi pequeño?-preguntó Madeleine mientras acariciaba la cara de Michael.

Los tres hombres miraron a la mujer, no dijeron nada más y se fueron.

-Hay que arreglar la bombilla-fueron las primeras palabras de Michael.

Madeleine sonrió y derramó varias lágrimas.

Michael se puso en pie. Todavía consiguió ver a los tres hombres que caminaban por la carretera comarcal.

-Me han salvado la vida-comentó el muchacho mientras veía difuminarse las tres siluetas en lontananza.

CAPÍTULO 15

-Me siento perdido en el mundo-expresó Michael su lacerante sentimiento a François mientras conducía.

-Pero si eres el más inteligente del pueblo, y hasta me atrevería a decir de Pau-le contestó François, aunque no muy sorprendido recordando los penosos días en los que el joven apenas le decía nada.

François detuvo el camión en un arcén de la estrecha carretera comarcal, e iniciaron un paseo por una vía forestal, desde la que se divisaba, totalmente nevado, uno de los picos más famosos de aquella parte del Pirineo, el Midi d'Ossau.

-A veces, creo que me voy a volver loco

-No digas eso, Michael-le contestó su amigo mientras posaba la mano en el hombro del joven.

-En ocasiones sueño que los tres hombres me llevan a algún lugar, y estimulan mi cerebro.

-Serán pesadillas.

-Yo también me lo digo a mí mismo. Intento convencerme de ello, pero me ocurre algo extraño.

-Sigue, por favor.

-Noto una vibración muy intensa en los oídos y, en ocasiones, en todo el cuerpo, hasta que por fin me despierto y deseo gritar, pero por miedo a que mis padres se asusten no lo hago.

-Nunca había escuchado algo parecido.

-A veces, los tres hombres neblinosos me tocan la cabeza. Es como si dejaran en mi cerebro una materia blanquecina que se queda pegada.

-¡Tal vez son brujos!-exclamó François.

-No sé. Pero no son malos. Son extraordinariamente amables conmigo.

-¿Son los tres hombres que te salvaron el otro día?

-Creo que sí. Pero no tienen rostro.

-Tal vez son residuos del shock.

-No sé, François. ¡Por otro lado soy tan distinto al resto del mundo!

-Tienes razón. Tus padres son personas corrientes. Tus hermanos, también. Vives en un pueblecito de montaña, aislado, separado de la capital... y sin embargo eres muy especial.

-¿Quién soy, François? ¿De dónde vengo? ¿Pertenezco a este mundo?

Durante unos minutos, ambos continuaron caminando, disfrutando del aroma de la incipiente primavera. Y por fin François se atrevió a decir.

-Creo que todos nos hemos preguntado algo parecido, pero en tu caso, todavía está más justificado.

-Sabes, ¿François?-

-¿Sí?

-El mundo está tan lleno de vida que no la vemos. Es todo lo contrario a estar vacío. En realidad lo habitan tantos seres que ni siquiera se ven

Su amigo no supo qué contestar.

-Creo que hay otro joven como yo.

-¿En el pueblo?

-No. Vive en una gran ciudad.

-¿Lo has visto alguna vez?

-Con la mente.

François amaba a aquel joven. Tanto para Madeleine y para él, era como el hijo que nunca habían podido tener, pero no sabía qué decirle. Todo aquello le superaba.

-¿Ves las cosas lejanas...como los santos?-
acertó a preguntar François recordando algunas historias que le habían contado de niño.

-Así es. En ocasiones es como si practicase atletismo. Creo que compite en carreras y saltos de altura. Podría decirse que lo veo desde su interior.

¿Y no pueden ser alucinaciones?

-Creo que no.

-¿Tal vez deberías hablar con el cura del pueblo?

Michael le miró.

-Disculpa, Michael. No ha sido buena idea sugerirlo.

-Te echo una carrera hasta el camión.

-Pero me tienes que dar ventaja-le pidió François?

-De acuerdo.

François sabía que no tenía nada que hacer, pero era hermoso poder estar con quien, además de ser su amigo, era un genio desconocido. Y no sería él quien lo propalase. Pues cuanto más sobresaliese del resto, más comprometida y delicada podría ser su situación.

Ambos intuían que: grandes peligros acechaban a aquellos que eran diferentes al resto de los habitantes de la Tierra.

CAPÍTULO 16

-Comprobad el resultado con el cuaderno de Michael-había sido la cantinela que el profesor Bertrand había utilizado durante dos años.

Había tenido completa fe en su alumno. Se la había ganado a pulso durante los primeros meses del primer año, y el joven se sintió orgulloso de ejercer como ayudante de Bertrand.

Sin embargo, estando ya en el instituto de Pau, algo no iba bien. Michael había sido el personaje más famoso del pueblo. Entre los estudiantes de varios institutos de la ciudad, era conocida su fama por su enorme capacidad para las matemáticas, y por haber ganado un torneo para menores de dieciocho años.

Dominaba la redacción, el cálculo, la química... cada una de las parcelas de ciencias. En las clases de gimnasia, era conocido por su velocidad.

Y si es verdad que al principio se vanagloriaba de tanto éxito, ahora, cada vez percibía más un vacío interior.

En algunas ocasiones, cuando se encontraba en el despacho del director del instituto corrigiendo algunos exámenes, echaba una mirada a sus amigos que se mostraban alegres, despreocupados y eufóricos jugando al fútbol o al baloncesto.

Y la sensación no le agradaba. Él permanecía allí encerrado entre cuatro paredes, ayudando a los profesores. Bien era verdad que le valdría para llegar a ser el alumno más brillante en la historia del instituto... pero no era suficiente. Algo no funcionaba en su interior.

Únicamente deseaba ser un joven más. La gloria que parecía otorgarle todo el mundo no llenaba su corazón... y un buen día... decidió no sacar buenas notas.

Había dos cosas que quería por encima de todas, sentirse humano, ser parte de la gente;

perderse entre las esporádicas aglomeraciones de la pequeña ciudad de Pau, y saber quién era él.

Cuando dejó de recibir, de boca del profesor, un sobresaliente en matemáticas, todos sus compañeros de clase se volvieron a mirarle. Un siete con cinco era una nota pésima para un genio como él. Puso cara de circunstancias, y luego se marchó corriendo a jugar al fútbol con sus amigos.

Se había quitado una gran losa de encima: ser siempre el que mejores notas sacaba en el instituto.

Era muy joven para saberlo, pero el extraño impulso que le había llevado a ello era una virtud, de la que mucho más tarde fue consciente: humanidad.

Una extraña paradoja de la vida. Alguien que no se identificaba con el mundo que le rodeaba, y que en multitud de ocasiones había sido herido por él, poseía un dulce corazón que vibraba al unísono con sus habitantes.

CAPÍTULO 17

Tuya, Michael-le gritaba Alain, lanzándole el balón desde su propia defensa al lateral izquierdo, justo en la línea divisoria del campo de fútbol, por encima de los defensores contrarios.

Michael corría a tumba abierta por la banda hasta llegar al área pequeña, y centraba para que alguno de sus amigos rematase a placer.

Sus compañeros de equipo estaban encantados con su velocidad, que desbordaba a la mayoría de los jugadores del campeonato juvenil.

Jugaban el decimocuarto y último partido de la liga. Si ganaban, conseguían el campeonato, y si empataban o perdían, el otro equipo se hacía con la copa.

Michael continuaba corriendo como el primer día, aunque había una diferencia. Todos le conocían,

y en ocasiones tenían que agarrarle de la camiseta para que no se les escapase.

Eran otros tiempos en los que tal acción era más razonable y menos penalizada que actualmente, cuando es más fácil salvarse de la tarjeta amarilla propinando una patada disimulada.

El defensa que le marcaba era de los que se jactaba de decir: o pasa el balón, o pasa el jugador. Los dos, no.

Dicho y hecho. Dos veces que Michael se marchaba hacia el área pequeña, el defensa le metió con total impunidad dos patadas. Parecía que el árbitro no era capaz de ver las faltas y dejaba continuar el juego.

-Otra más y te parto la cara-le espetó Michael al defensa que era mucho más alto que él.

-Tú y ¿cuántos más?- le respondió mofándose.

A la tercera zancadilla, Michael se levantó, se dirigió al grandullón, y con una patada de kárate milimétricamente dada le tiró al suelo.

El defensa tuvo que retirarse. Sufrió una fuerte contusión, aunque nada grave. Afortunadamente el árbitro no había visto nada.

A la siguiente jugada Michael metió el gol de la victoria. Sus compañeros se abalanzaron sobre él para celebrar el tanto que les daba el campeonato.

-¿Querías representar al instituto en París? – le sugirió el profesor Paul a la salida de los vestuarios.

Michael no entendía.

-Necesitamos alguien que corra los cien metros lisos, y creo que tú eres el mejor.

Los ojos de Michael brillaron.

-Me encantaría.

-Estupendo. Mañana hablaré con tu tutor.

Entre la victoria y la idea de poder viajar a París, apenas si durmió unas horas.

El corazón parecía escapársele, y su alma brillaba con inmenso resplandor.

CAPÍTULO 18

La vida parecía comenzar de nuevo para Michael. Era el más joven de los atletas que viajaban en autobús hacia París. Todos pasaban de los dieciocho años. Algunos tenían los diecinueve cumplidos. Y él, escasamente llegaba a los diecisiete.

-Silencio, por favor-gritó el capitán del equipo de atletas de la región Midi-Pyrénées.

En la radio se escuchaba la canción "**Tous les garçons et les filles**" *de Françoise Hardy*.

Michael sintió la profunda llamada del amor. Sus ojos se llenaron de lágrimas. No solamente era un hombre perdido en la inmensidad del universo, también estaba sólo. Y aquella canción taladraba su joven corazón como a ninguno de los que le rodeaban.

Alguna vez la había visto en la televisión del bar de Madeleine, y su alma se había estremecido.

-Dicen que está en la capital. Tal vez la veamos-le dijo su compañero de asiento, Armand.

-Sería estupendo-acertó a decir Michael disimulando las lágrimas.

-Ya lo creo.

El autobús marchaba hacia París bajo las sombras de los densos bosques cercanos a Orleans, y los sueños de Michael le llevaban a contemplarse a sí mismo situado en lo más alto del podio.

CAPÍTULO 19

Los seres humanos somos, afortunadamente, contradictorios. En muchas ocasiones el pensamiento y la acción no van a la par.

Que Michael pensase que lo que realmente deseaba era sentirse un hombre corriente entre la multitud, no dejaba de ser un pensamiento, que si bien era sincero, nada tendría que ver con él durante los próximos días y años de su vida.

Es completamente cierto que nadie que no trabaje en solitario, acrecentando sus facultades, puede llegar un poco más allá de sus propios límites. Y en el caso de un futuro atleta de alta competición, estaba claro que los esfuerzos personales serían hercúleos.

Pero ello no quería decir que fuese un ser aislado y misántropo.

Al contrario, era feliz cuando percibía el calor de las expresiones esporádicas y verdaderas de amistad.

Era lo que en el fondo de su alma perseguía. Esfuerzo personal, ilusión por superarse y, a la vez, fusión con los corazones de los seres humanos.

La verdadera unión no es sinónimo de algarabías y fiestas que pueden desembocar en un profundo vacío y aislamiento, sino que se encuentra en la dulce sensación de amistad y fraternidad con el resto del mundo, aunque se permanezca relativamente solo.

Y tal vez fue esto, lo que Michael aprendió. A compaginar los momentos de entrenamiento en soledad con las pequeñas reuniones que por las tardes amenizaban los atletas de todo el país.

Como era de esperar, su naturaleza también le llevó a disfrutar de largas partidas de ajedrez.

Se podía decir que era el hombre perfecto. Una mente prodigiosa protegida por un cuerpo sano y magnífico.

¿Eran dones que le había otorgado la Naturaleza, o que por alguna causa desconocida habían resultado de su constitución genética, tal y como afirmaba la ciencia?

Respecto al origen de su herencia... solamente el silencio era la respuesta.

¿De qué ancestros se habían originado aquella prodigiosa mente y aquel elástico y rápido cuerpo?

Estaba resultando ser un superhombre. Sus antecesores habían sido simples labriegos o, quizás, mineros, sin el más mínimo atisbo de cultura o trabajo intelectual.

Uno de tantos misterios que le rodeaban... quizás se quedase sin resolver.

Pero volvamos a la sencillez de nuestro relato. Un joven que estaba a punto de entrar en la élite del deporte.

El silencio en la pista y en las gradas semivacías era completo. La prueba de cien metros lisos iba a comenzar. El corazón de Michael semejaba un tambor, y sus piernas amenazaban con no responderle.

Sonó el disparo, y sin apenas darse cuenta marchaba en primera posición. En el último segundo, por la izquierda, le adelantó su compañero, Armand.

Los dos se abrazaron y fueron felicitados por varios de los corredores.

-En una sala, cerca de Champs-Élysées, canta esta noche *Françoise Hardy*- le dijo sonriendo su amigo Armand cuando bajaban del podio luciendo sus medallas.

Michael le miró con la expresión-no tengo dinero.

-No te preocupes, te invito.

Armand posó su brazo sobre Michael mientras se dirigían al vestuario.

Una beca universitaria era el gran regalo sorpresa que se llevarían los dos amigos. Parecía que el gobierno se había empeñado en formar excelentes atletas, y durante una década no escatimaría esfuerzos para conseguirlos.

CAPÍTULO 20

-Qué fuerte- exclamó Armand

-¡Cuánto humo!-se quejó Michael en la entrada del pequeño café parisino.

-Mira. Allí hay una mesita libre.

Los dos amigos entraron.

-Dos zumos de naranja-pidió Armand a la camarera que, un tanto asombrada, se les quedó mirando.

-¿De acuerdo?

-Sí. Disculpe. Me ha extrañado un poco- se excusó la camarera.

-Debemos ser dos bichos raros en este antro lleno de fumadores y bebedores nocturnos-dijo riéndose Armand.

-¿Aquí puede cantar Françoise Hardy?

-Seguro. Esta gente está acostumbrada.

-¡Es tan bella!-exclamó Michael.

-No te dejes engañar por las apariencias.

-¿Qué quieres decir?

-Pues que una cosa es la música y otra lo que tienen que hacer algunos músicos para sobrevivir.

-Estoy seguro que Françoise Hardy es toda una dama.

-Por supuesto. Nadie lo duda. Pero...fíjate qué ambiente hay. Después de muchas noches así, los pulmones se quedarán negros.

-Esperemos que salga pronto.

-¿Sabes quién es el que está en el escenario?

-¿Con la cámara de fotos?

-Sí.

-No.

-Es el novio de Françoise Hardy. Un fotógrafo profesional. Creo que se llama Jean Marie.

-¿Entonces... no podremos hablar con ella?- preguntó ingenuamente Michael.

-Creo que no-contestó Armand quien pensó que decididamente Michael era un hombre muy raro. Parecía que no estaba en este mundo.

-Bueno... ¡Qué le vamos a hacer!

Y mientras lamentaba su pobre condición mortal, el presentador anunció a la cantante.

-Con ustedes: Françoise Hardy.

No importaba nada que nunca pudiesen conocer a aquella hermosa mujer. Los dos se quedaron extasiados y enamorados de su voz y de su belleza.

En un momento determinado, Michael tuvo una extraña revelación. La visión que había tenido cuando la descarga eléctrica no pertenecía a ningún joven.

-¡Es una atleta!-exclamó Michael en voz alta.

-Sí. Ya lo creo-contestó su amigo Armand pensando que se refería a Françoise Hardy.

-No... no me refiero a ella-continuó hablando a su amigo, quien no le oyó. Estaba absorto escuchando a la artista.

-Gracias Armand, por esta invitación-le dijo a su amigo cuando salían a la calle.

-¿No lo sabes, verdad?

-¿Qué?

-Lo de la beca.

-No.

-El entrenador me ha comentado, medio en secreto, que nos van a conceder dos becas para estudiar en la Sorbonne.

-¡No puede ser!

-Sí, amigo mío.

-¿Entonces... el año que viene podremos ingresar en la universidad de París?

-Sí.

Armand sentía enorme afecto por Michael. No sabía por qué pero le quería mucho. Le posó el brazo en el hombro y juntos caminaron a la residencia universitaria.

La vida sonreía. Un humano y un hijo de las estrellas entrelazarían sus mundos durante más de una década.

CAPÍTULO 21

Tal vez lo más duro para un atleta es saber que se juega en una o dos carreras el posible éxito de toda su vida.

Cada minuto del día vive para estar en forma, y nadie le asegura que un simple resfriado pueda llevar al traste toda la preparación que con infinita paciencia y enorme fuerza de voluntad ha necesitado.

Armand y Michael, tal y como se podía deducir de sus registros particulares, llegaron justo hasta los cuartos de final de las olimpiadas de México-68.

Simplemente, habían cumplido.

Y ahora, con veintiséis y veintisiete años respectivamente todavía les cabía el honor de representar a su país con una plusmarca de 10,60 y 10,70 en los juegos olímpicos de Munich

Siempre habían estado juntos desde aquella primera competición nacional, hacía ahora más o menos diez años.

Ninguno de los dos se había casado. Ni siquiera habían tenido una novia definitiva. Y las esperanzas de Michael de encontrar a la atleta de sus visiones se habían ido desvaneciendo.

Pero el destino no había dictaminado su última palabra.

-Parece que los americanos están descalificados-le comentó Armand a Michael con cierta gracia.

-¡Qué fuerte!

-El entrenador se ha equivocado, y dicen las malas lenguas que los dos corredores han visto sentados en el sofá de la habitación sus dos calles desiertas. ¿Te imaginas?

-Da un poco de pena-añadió Michael

Mientras ambos hablaban sobre la anécdota más famosa de aquel día, una atleta de ojos oscuros,

de cabello moreno y piel blanquecina acercándose a ellos, dijo:

-Hola, Michael.

-Hola dijeron ambos, levantándose.

-¿Nos conocemos? –añadió Michael.

-Creo que sí.

Los dos atletas la miraban. Armand estaba sorprendido pues nunca le había hablado su amigo de ella.

-Me llamo Karoline y estoy con la delegación de la República Democrática Alemana.

Armand no entendía. Michael comenzaba a entender.

-Michael, te espero a la entrada de los vestuarios femeninos número cinco. Mañana, a las dieciocho horas.

En ese preciso instante un guardaespaldas llegó hasta la atleta, y, tomándola del brazo, pareció amenazarle algo en alemán.

Michael se quedó con el corazón encogido. Creía saber quién era ella. Nunca había imaginado que su primer encuentro pudiese ocurrir en circunstancias tan extrañas y amedrantadoras.

-¿Quién es?

Armand era alguien en quien confiaría su vida, y Michael le intentó explicar que en ocasiones era vidente y que aquella mujer parecía tener relación con esas visiones.

-Puedes verte en serios problemas, Michael. Esta gente todavía vive en la postguerra.

-Amigo mío. Sea como sea, tengo que verla.

Armand miró a Michael. Nunca le había visto de aquella forma. Sintió que una fuerza sobrenatural infundía tal determinación en su querido amigo.

Parecía ser que aquella mujer le importase más que todos los penosos y largos años de atleta.

CAPÍTULO 22

Según se acercaba al vestuario número cinco de las atletas, el corazón se aceleraba de la misma forma que antes de comenzar una carrera.

Karoline permanecía estática, era más alta que él, sonreía, y aunque no hacía ningún gesto, daba la impresión de que le estaba recibiendo con los brazos abiertos.

La atleta avanzó hacia Michael. Justo en el momento en que ella le miró, éste recibió una fuerte descarga eléctrica que, entrando por los ojos, descendió a través de la columna vertebral hasta terminar el final de la misma.

-¿Cómo estás Michael?

-¿Quién eres Karoline?

Los atletas que iban y venían no daban ninguna importancia al encuentro de ambos. Muchos se conocían entre sí, y en el hall que

separaba los vestuarios masculinos de los femeninos siempre había atletas conversando.

-Ya lo sabes.

-No. No lo sé.

-Me has visto muchas veces, Michael.

-Más bien te adivinaba. Pues siempre me ha parecido que veía a través de ti.

-Sin embargo, yo te he visto a menudo, desde que recibiste la descarga eléctrica con la bombilla.

-En ocasiones, me parecía que estaba corriendo dentro de otro cuerpo que no era el mío.

Karoline sonrió.

-¿Podrás venir a mi habitación esta noche? Tenemos mucho que hablar y apenas nos quedan unos días-le rogó la atleta.

-Claro que sí-contestó sin dudarle Michael.

Las lágrimas asomaron en el rostro de ella.

-Es toda una vida atrapada en Europa Oriental.

-Lo siento-respondió Michael, quien también dejó asomar dos delicadas perlas.

Karoline no resistió más y abrazó a Michael. Lloraba desconsolada.

-Basta Karoline. No sufras más.

La atleta se separó del hombre y se secó las lágrimas.

-Te espero Michael- dijo antes de volverse a su vestuario.

-¡Karoline!-la llamó antes de desaparecer.

-¿Sí?

-Llegaré a la final, aunque sólo sea para verte.

-Yo también, Michael.

La ronda de clasificación fue un mero trámite para el resplandeciente hijo de las estrellas.

-¡Pareces otro! –le comentó en el almuerzo Armand.

-Vamos a ver Munich.

-Ya tenía ganas de que lo dijeras.

Entraron a la catedral de Nuestra Señora, se sentaron en un banco, escucharon tres hermosas canciones a unos improvisados cantantes, y luego se tomaron una cerveza en un restaurante típico.

-¡Estás enamorado, Michael!

Michael dejó escapar una sonrisa cuando escuchó aquellas palabras y recordó la cara de Karoline.

-Sí, Armand.

-¿Entonces... es quien tú creías?

-Sí.

-Y... ¿ahora?

-La veré esta noche en su cuarto.

-Es peligroso, Michael. Algunos de esos matones quizás pertenecieron a la Gestapo-añadió Armand con el rostro tenso

-Probablemente.

-Entonces... no te puedo disuadir.

-Llevo toda mi vida preguntándome quién soy, qué hago en el mundo... Tal vez ella tenga las respuestas.

-Tú eres Michael. Mi amigo. Licenciado en Matemáticas y atleta de élite.

-Siempre seremos amigos, Armand.

-Siempre, Michael.

Armand miró a su amigo, intuyó que sus caminos se separarían. Se limpió una solitaria lágrima que amenazaba con delatarle. Por su parte Michael dirigió la mirada hacia la puerta por la que había salido Karoline.

CAPÍTULO 23

Cualquier coincidencia con la realidad es pura casualidad.

Cuando Michael llamó suavemente con los nudillos a la puerta de la habitación, y no hubo automáticamente una voz que respondiese, estuvo a punto de regresar a su edificio. Las piernas le temblaban. No estaba acostumbrado a entrometerse en situaciones peligrosas.

La duda y la angustia atenazaban su corazón. Por fin se abrió la puerta.

-Pasa, por favor-le rogó Karoline en voz baja.

Michael entró, la atleta cerró la puerta con sumo cuidado, sin hacer el más mínimo ruido.

-Siéntate, por favor, voy a preparar unos cafés-señaló Karoline una mesa redonda y dos sillas.

Sobre la mesa había un libro y un cuaderno.

Passport to Magonia

Jacques Vallée

Michael tomó el libro y pasó algunas páginas mientras esperaba.

-¿Lo has leído?-preguntó Karoline que llevaba una platita con café, leche, azúcar y unas tazas.

-No.

-Tendrás que leerlo si deseas saber algo sobre tu origen.

-Pensaba que me lo dirías tú-respondió extrañado.

-Pero si yo te digo algo, y además queda corroborado por un testigo imparcial y objetivo, será algo más que una alucinación. ¿No crees?

Michael pasó de nuevo unas cuantas páginas, y cuando observó todos los avistamientos ocurridos en Francia, continuó indagando con más atención.

-Tal vez no encuentres lo que buscas-dijo Karoline.

-Acabas de afirmar que mi origen está aquí.

-Sí, pero no como tú piensas.

-Entonces... ¿no aparecerá en la lista de avistamientos del libro mi pueblo natal?

-Tal vez sí... o tal vez no.

-No te entiendo.

-El año y el lugar no son esencialmente significativos. Puede haber unos años de diferencia, lo que no significa que no tengan relación con tu origen.

-¿Puedes expresarlo mejor?

-El hecho fundamental es que en ciertos lugares, algunos habitantes sencillos y realistas observaron unos cuantos fenómenos. Hubo muchos más que no fueron registrados, tal y como se puede deducir lógicamente.

-Quieres decir que pudo ocurrir algo y no hubo testigos.

-Sí.

-Sin embargo. Yo soy hijo de mis padres. No hace falta nada más que ver a mi madre, y enseguida se puede afirmar que soy hijo suyo. Lo mismo se puede asegurar con respecto a mi padre.

-Ya. Entonces... no crees ser alguien muy especial.

Michael se quedó en silencio. Recordó su infancia, su pintura sobre una nave espacial...

-Tampoco recuerdas a los tres hombres misteriosos-añadió Karoline.

-Sí. Aunque me ha extrañado que no los he vuelto a ver nunca más. Son como un sueño casi olvidado.

-Ya.

-Si fuese alguien especial, me habrían visitado en más ocasiones, y me habrían dicho: tú eres un e.t.

Karoline sonrió.

-Te lo estoy diciendo ahora... y sin embargo tú no te lo crees.

-Es que es distinto.

-Creo que no aceptas lo que tu corazón y lo más profundo de tu mente te están continuamente gritando.

-Me voy. Mañana son los cuartos de final y no tengo tiempo para especulaciones-respondió Michael con enojo.

Karoline se sintió ofendida, y adelantándose le abrió la puerta.

-Es todo lo que tenía que decirte, Michael.

El atleta no volvió la cara. Bajó las escaleras, cruzó el patio que separaba los dos edificios, se tumbó en la cama e intentó, durante muchos minutos en vano, superar el intenso enfado que le dominaba.

En la puerta de Karoline sonaron dos golpes. La atleta se levantó lo más rápidamente que pudo. A

través de la camiseta se percibían sus pequeños senos. Abrió sin observar por la mirilla. Estaba segura de que era Michael que lo había pensado mejor y regresaba

-Hola, Karol –dijo uno de los matones.

-¿Que deseas?-atinó a decir, balbuceando, la joven.

-Ha estado tu amiguito francés.

-¿Y? se hizo la valiente.

-Déjame pasar-exigió el guardaespaldas.

-¿Estás loco?

-Si no lo haces, te delataré.

-¡Fuera de aquí!

-Está bien. Pero recuerda esta noche. Me la pagarás.

-¡Tal vez seas tú el que te acuerdes!-le gritó Karoline más por la inercia de la situación que por las fuerzas que le quedaban.

CAPÍTULO 24

Vacío. Un terrible vacío es lo que sintió Michael cuando intentó dormirse. Conocía cierta clase de soledad. En ocasiones se creía perdido en este mundo. Pero le faltaba sentirse vacío. Ahora. A sus recién cumplidos veintisiete años, sentía una extraña ausencia dentro de sí mismo. No sabía que siempre había estado interiormente lleno de algo. Y tras la breve discusión y desavenencia con la atleta de Alemania Oriental... se había quedado como un recipiente en el que no había nada.

Se tumbó. No podía dormir. La oscuridad de la habitación no era nada comparada con la oscuridad en la que había caído interiormente. Tal vez la explicación más lógica era que la causa de tal estado radicaba en la ruptura con Karoline. Pero... ¿La ruptura de qué? Si apenas hacía unos días que la había conocido y que ella había irrumpido de repente en su vida.

O... quizás es lo que él pensaba.

Y si en realidad... ¿Siempre había estado en su vida? ¿Y si era posible que, igual que el aire llena nuestros pulmones, ella había colmado su interior, de alguna manera desconocida?

Sintió una heladora tristeza por haber menospreciado las palabras con las que, tan cariñosamente, Karoline había tratado de explicar su vida.

Su orgullo le hablaba y le sugería no ver más a aquella extraña impostora.

Probablemente no haría un buen papel en las semifinales, y ante el inminente fracaso... quizás tomase la decisión de no presentarse.

Debatiéndose entre la duda, la autocompasión y el orgullo se quedó dormido y soñó.

Los tres hombres caminaban por la carretera comarcal que tantas veces había recorrido en el Berliet de François. Llegaron hasta un platillo volante de color violeta-blanquecino y resplandeciente. Los tres subieron por unos peldaños hasta el interior.

Dentro del ovoide había tres postes cilíndricos, y en su interior una materia blanquecina rotaba sobre sí misma. Una inmensa paz y beatitud le llenó al contemplar aquella extraña neblina.

Los tres hombres tomaron la mitad de la materia-energía que instantáneamente se transformó en una refulgente esfera.

Su habitación de niño se había desplazado al interior de la nave. Dos figuras humanoides depositaron la esfera en la cabeza del pequeño que dormía plácidamente. Es decir, él mismo

Seguidamente, con unos guantes en las manos, pasaron y repasaron todo el cuerpo del muchacho sin tocarlo. Los dedos envueltos permanecían a unos centímetros de la piel del niño. Parecían seguir instrucciones del tercer humanoide que permanecía sentado delante de una pantalla de televisión o, quizás, computadora.

Uno de los dos individuos atravesó con su guante la cabeza del muchacho. Las manos se filtraban dentro del cerebro. La zona más masajeadada parecía ser el bulbo raquídeo, el centro del cerebro y la frente.

Para finalizar, uno de ellos pasó el extraño guante sobre la fontanela del muchacho.

La habitación se esfumó del interior de la nave.

A continuación apareció una niña durmiendo en una lúgubre habitación. La pintura de las paredes estaba estropeada y levantada. Los muebles únicamente consistían en un viejo armario y dos sillas de madera.

Las dos figuras blanquecinas tomaron del recipiente “electromagnético” la otra mitad de la materia y la insertaron en la niña que dormía profundamente.

Los tres dijeron algo... o no dijeron nada, pues no les vio mover los labios. Pero él creyó escuchar:

El universo es Uno. Vosotros también.

Con estas palabras en su mente, Michael se despertó. Abrió los ojos y permaneció hasta el amanecer con una sensación de plenitud total, como nunca la había conocido.

CAPÍTULO 25

Armand se abalanzó sobre su amigo Michael al terminar la carrera.

-¡Segundo!-exclamó con enorme alegría.

-¡Estoy clasificado para las semifinales!

-Si haces los 10,40 de hoy, ya verás como llegas a las finales-añadió Armand.

-Me he encontrado pletórico.

-Es el amor-sonrió Armand.

-Seguro-respondió Michael recordando el sueño.

-Bueno... y ahora me toca correr a mí.

-Ánimo. Ya verás cómo estamos juntos en las semifinales.

-Lo tengo muy difícil. Casi se puede decir que las tres plazas ya están asignadas. Recuerda que compito con tres de los favoritos para conseguir la medalla de oro.

-Nunca se sabe. Pueden tener un mal día.

-Ya-dijo sin mucha fe Armand.

-Será una carrera muy rápida.

-Sí. Podría ser una ventaja.

-¿Ves? Todavía tienes posibilidades.

-Si hago tu tiempo, seguro que me clasifico.

-Te espero.

Mientras Armand se iba a los vestuarios, Michael se acercó al lugar donde las saltadoras de altura estaban en la segunda ronda. Justo en ese preciso instante saltaba Karoline y tiró el listón, que estaba puesto en 1,85. Michael se acercó hasta ella.

-Perdóname Karoline-se disculpó Michael.

-Me dolió mucho lo de ayer-se expresó con tristeza ella mirándole a los ojos

-Lo sé. Creo que percibí tu vacío.

Karoline le miró sorprendida.

-Ayer fue un día terrible. Pensé que me moriría de pena-continuó Karoline.

-Ayer no sabía que los hombres de la nave nos habían unido cuando éramos niños.

Karoline le miró fijamente a los ojos. Permaneció estática. No sabía cómo actuar. Por fin, se abrazó a Michael. Permaneció así un minuto. Lo suficiente para que todas sus penas desapareciesen como lo hace el humo en el aire. En comparación con el estadio ellos eran diminutas motitas. Nadie había reparado en aquel abrazo. Y si alguien lo hubiese hecho, habría pensado que un atleta consolaba a la saltadora por haber tirado por segunda vez el listón.

-Tal vez esta noche sea la última que podamos hablar. ¿Vendrás?-preguntó Karoline.

-Por supuesto.

-Hasta luego-se despidió Karoline.

-Nos vemos-respondió Michael.

-A las 23:30 es el cambio de guardias. Es la mejor hora-añadió la atleta en voz baja.

-De acuerdo. Suerte.

-Has hecho una gran carrera-se despidió sonriendo.

Michael la observó durante unos segundos. No sabría adjetivar el sentimiento que le embargaba hacia ella. Era algo parecido a mirarse al el espejo. Ella era él mismo. No existía un vocablo en el idioma humano que definiese aquel sentimiento. En términos místicos, si él lo hubiese sabido habría podido decir algo similar a:

Yo soy tú. Aquel que habita en tu corazón.

Un licenciado en matemáticas y atleta podía sentirlo, pero no había adquirido un vocabulario tan específico como para definir aquella situación.

CAPÍTULO 26

Michael llamó a la puerta. Pasase lo que pasase, sabía que el corazón y la mente de ambos estaban indisolublemente unidos por una extraña materia-energía.

En su corazón no albergaba duda alguna al respecto, si bien es verdad que no entendía el alcance ni el propósito de aquella unión.

¿Qué extraña finalidad podía tener la acción de tres humanoides que viajaban en un platillo volante?

Su vida había transcurrido como la de cualquier otro ser humano. Era cierto que destacaba en todo cuanto hacía, pero... ¿Aportaba algo nuevo a la Humanidad?

¿Por qué había tenido que sufrir tanto en una gran cantidad de ocasiones en las que su simple vida se veía sometida a una excesiva fricción?

-Pasa, Michael-le rogó Karoline.

-Ha sido una pena lo de tu eliminación-le dijo a la mujer mientras se dirigían hacia la mesita.

-No tiene importancia, Michael. Demasiado he hecho llegando a 1.82 cuando mi plusmarca personal estaba en 1.79

-Es casi imposible superarnos a nosotros mismos.

-Tú lo has hecho hoy.

-Sí. Así es.

-¿Cómo ha sido, Michael?-preguntó en forma misteriosa la atleta.

-Tal vez lo sabes tú mejor que yo.

-Puede ser-le respondió sonriendo.

-¿Tanto sabes sobre mí, Karoline?

-Se podría decir que lo sé todo sobre ti.

Michael la miró con enorme sorpresa. No esperaba una respuesta tan contundente.

-Pienso que exageras.

-Seguro que sí-no quiso discutir la atleta alemana.

-Dime algo que sea secreto.

-Uno de los días que más me asusté fue cuando te derrumbaste sobre el tapete de póker.

-Alguien te lo ha dicho. Seguro.

-Vamos, Michael. No seas niño. Yo vivo en Europa del Este. Nunca he podido salir de aquí. ¿Quién crees que me lo ha podido comunicar?

-Entonces... lo has sacado de mi cerebro.

Karoline sonreía. Sólo veía delante de ella a un niño.

Venga, Michael. Si sabes que es así, ¿por qué te niegas a reconocerlo?

-Dime algo que solamente lo sepa yo.

-El sueño de esta noche. Has visto la habitación en la que transcurrió mi triste infancia.

-¡Tan unidos estamos, Karoline!

-Así es.

-Y... yo... ¿Por qué no te he sentido nada más que dos o tres veces, y aun así de una forma muy borrosa e incierta?

-Tú siempre me has percibido. Lo que ocurre es que tu mente es una mente creadora o emisora. Tu forma de funcionar es “*creando aquello que piensas que extraes de la nada*”, “*que opinas que sólo es tuyo*”, pero estás en un error.

-Intento comprenderte.

-Hay personas que escriben pensamientos cuyo origen aparenta ser la oscuridad más absoluta. Sin embargo, detrás de su mente hay otra mente que, ocultamente, les induce a escribir lo que está más allá de sí mismas.

-Entonces... ¿Cuando pinté los cuadros, tú estabas detrás de aquella nave espacial?

-Pudiera ser. No recuerdo todo lo que hice de niña.

-Ya.

-Sin embargo-añadió Karoline-, ahora que hablamos sobre cuadros, recuerdo que rompiste el de una rosa maravillosa y la tiraste al río.

Michael la miró. Se podría decir que sintió un cierto temor, casi miedo, y a la vez una gran admiración por aquel milagro que era la unión de dos mentes.

CAPÍTULO 27

-Entonces... –preguntó Michael después de estar unos segundos en silencio-¿Qué somos nosotros?

Karoline se levantó, se acercó a una pequeña estantería, tomó el libro y el cuaderno de notas que había mostrado la noche anterior a Michael, y se volvió a sentar.

-Ambos hemos permanecido toda nuestra vida deduciendo qué es lo que somos. ¿Por qué poseemos una deslumbrante inteligencia? ¿Por qué la aparición de los tres hombres en nuestras vidas? ¿Cuál es la causa de la imperiosa necesidad de abstraer las imágenes, crear un platillo volador con nuestra mente, entrar en él y viajar por el espacio?

Michael quedó de nuevo perplejo. No había hablado de sus viajes nocturnos, y ella también lo sabía. Lo mismo podía decirse de la creación de campos de abstracción.

-Es... como si estuvieses expresando todo lo que yo pienso.

-Ya-sonrió con cariño Karoline y continuó- Como ambos sabemos, nuestra vida es un enigma incluso para nosotros mismos.

-Suponemos que somos algo raro en la evolución humana, pero no tenemos pruebas que lo confirmen-añadió Michael.

-Sin embargo. Desde hace tres años que conseguí este libro, creo que podemos decir sin lugar a dudas que parte de nuestro ser es extraterrestre.

-Continua, por favor.

-Hay en nuestras vidas tres hechos objetivos y mensurables, que no nos hemos inventado, y que son una realidad.

-¿Por ejemplo?

-El primero: la existencia de los tres hombres que nos han visitado a ambos.

-Así es.

-Esos hombres no han sido siempre una alucinación, sino que han sido vistos por nuestros familiares más cercanos.

-Sin duda alguna, así ha ocurrido.

-El segundo. Somos extraordinariamente inteligentes.

-Ambos sabemos que somos mucho más preclaros que lo que aparenta nuestra vida con el común de la raza.

-También estoy de acuerdo en ello. Desde mi punto de vista la capacidad de nuestros cerebros nos ha llevado a manejar los campos de abstracción de tal manera que parece como si tuviésemos una experiencia equivalente a cuatro o cinco siglos de historia física.

-Muy bien, Michael. Es lo que yo también pienso.

-A veces me encuentro con una persona desconocida. Abstraigo la forma y entro en ella. No suelo equivocarme mucho en mi apreciación sobre la misma. Es algo que el tiempo termina corroborando.

-A estos dos hechos objetivos, hay que sumar lo que está relatado en este libro y en otros que tocan el mismo tema. Existen lugares donde se han avistado objetos y pasajeros extraños. Incluso se les ha visto caminar como a nuestros tres famosos humanoides, y lo que es más concluyente: han dejado huellas físicas en el suelo. En algunos casos algo parecido a quemaduras en la hierba.

-Los libros pueden decir algo equivocado.

-Así es-respondió Karoline. Los demás pueden dudar de que los avistamientos son alucinaciones, pero nosotros... nosotros no.

-¿Qué hay en el cuaderno que has cogido?

-Aquí, Michael,-se puso extraordinariamente seria Karoline- hay recogidas varias pruebas de avistamientos en Alemania Oriental.

-¿Puedo?-pidió permiso Michael para coger el cuaderno.

-Claro, Michael.

Michael abrió el cuaderno, y repasó los datos.

-Tal vez es este el dato que te interesa a ti-le señaló Karoline:

Alrededores de Berlín-Doce de septiembre de 1946. Un extraño objeto volador ha sido identificado por varios labradores. Aseguran haber visto dentro del objeto tres figuras humanas y después de unos minutos, el platillo volador ha desaparecido.

-El avistamiento fue testificado por cinco labradores. Aquel día permanecía enferma en mi cama. En el cuarto que tú viste en sueños-especificó Karoline.

-Entonces...

-Pues entonces... -prosiguió Karoline- sin duda somos humanos, pero tenemos algo que no es estrictamente originario de este planeta.

CAPÍTULO 28

Camino que lleva desde el razonamiento a los sueños que modifican la realidad.

-Y esto que es evidente para algunos, tiene unas consecuencias insospechadas.

-¿A qué te refieres Karoline?

-Pues que tal vez, quizás, el ser humano no es totalmente originario de la Tierra.

-Probablemente, tu deducción tiene relación con la existencia del cerebro humano-añadió Michael.

-Así es-asintió Karoline-. Se dice que Einstein fue un genio, pero que ni siquiera él utilizó el cerebro a un cien por cien.

-Ya. Es lo que algunos suponen.

-Pero... -continuó Karoline- hay una cosa clara: que desde el punto de vista de la Teoría de la Evolución se dice que la función crea el órgano.

-Es decir-prosiguió Michael- que nos vamos adaptando al medio ambiente y después de millones de años, obtenemos un órgano que se ajusta perfectamente al entorno.

-Así es-continuó Karoline-. Entonces... surge una pregunta que parece no tener respuesta: ¿Cómo puede suceder que el ser humano tenga un cerebro capaz de efectuar cálculos matemáticos tan complejos que nos lleven a otras dimensiones? ¿Acaso los hombres primitivos que se dedicaban a la caza y a la pesca necesitaban tener un cerebro susceptible de llegar hasta abstracciones filosóficas y artísticas, además de elaborar teorías físicas y matemáticas?

-Está claro que no-respondió Michael.

-Por lo tanto... dejó deducir Karoline a Michael

-Por lo tanto, debemos deducir que el cerebro humano tiene algunas probabilidades de ser algo importado de más allá de la Tierra.

-Exactamente. O planteando otra posibilidad: pudiera ser que los denominados primitivos fuesen

descendientes de una raza superior que utilizaba al cien por cien el cerebro, órgano que posteriormente se quedó atrofiado, y ahora de nuevo volvemos a reutilizarlo.

-Es decir-prosiguió Michael-, el cerebro humano es un instrumento que procede de los que podríamos llamar dioses, sean de otro lugar o de aquí.

-Podríamos atrevernos a conjeturar que en realidad los humanos actuales somos dioses caídos. No utilizamos todas las capacidades que nos podría proporcionar una herramienta tan sofisticada.

-Y parece ser que los hombres de los platillos volantes intentan activar nuestros cerebros humanos por métodos que actualmente no conocemos-terminó Michael.

Entusiasmados en el desarrollo de aquellos pensamientos, ambos acabaron tomados de las manos. Sin embargo, en ningún momento fue una relación entre distintos sexos. Sólo el acercamiento de dos hermanos perdidos en un mundo que no era el suyo.

Y lo que ocurrió fue algo insólito y extraordinario. De sus cerebros y corazones comenzó a fluir material que algunos llamarían ectoplasmático. En lo más alto de la habitación se formó una sola figura humanoide. No tenía ningún atributo sexual. Era lisa y llanamente un ser radiante como la niebla que está a punto de ser disipada por el Sol. Ambos, Karoline y Michael habían entrado en un estado catatónico. Sus mentes unificadas se desplazaron a la velocidad de la luz hacia un planeta donde una infinita catarata de agua luminosa se vertía en un océano sin límites. Permanecieron delante del agua que caía ininterrumpidamente y de ella surgió una voz:

“Vuestras vidas son Nuestras Vidas. Proseguid el difícil camino que une las mentes.”

Unos minutos más tarde la figura ectoplasmática regresó a la habitación, si es que en algún momento había salido de ella, y se disolvió en sus respectivos cuerpos físicos. Los ojos de Karoline y Michael, que semejaban fuegos dorados de radiante intensidad, se fueron apagando. Sus manos se separaron. Y un profundo silencio envolvió la tenue luz de la habitación y a quienes permanecían en ella.

CAPÍTULO 29

-Suerte en la semifinal, Michael-le deseó Karoline al despedirse.

-Gracias.

Ambos permanecían de pie mirándose. Sabían que sus vidas volvían a separarse. Karoline no pudo contener las lágrimas.

-¿Me escribirás?

-Por supuesto.

-Envíame un ejemplar cuando lo editen en francés-rogó Karoline a Michael al entregarle el libro de regalo.

-Si encuentro algo más te lo remitiré también.

-Gracias, Michael.

-Es la hora.

-Sí.

Ambos dieron un paso y se abrazaron. Karoline pensó que se le partía el corazón.

-Vamos, Karoline. Cualquiera diría que no nos vamos a ver más-dijo Michael intentando consolarla.

-Es duro separarse de alguien que es parte tuya.

-Tal vez nos veamos en los campeonatos europeos.

-Sí.-contestó escuetamente ella.

-Gracias por el libro.

-Adiós, Michael.

-¡Qué tarde! Digo ¡Qué temprano! –exclamó él sonriendo al mirar el reloj.

-Duerme un poco antes de la prueba.

-Lo necesito.

Michael cruzó el patio, miró hacia la ventana de Karoline y prosiguió su camino. Karoline lloró desconsoladamente hasta que no le quedaron fuerzas. En unas horas estaría al otro lado del telón de acero.

Todavía trató de salir de su habitación para verle por última vez, mas el guardia permanecía muy cerca de su puerta, y con una simple mirada, el corpulento gigantón hizo que desistiera de tan desatinado intento.

Al final de su cuaderno de anotaciones escribió:

*Entre lágrimas buscaré a aquel,
que como suave brisa penetra en mi mente,
y sin que sepa que estoy en él,
le infundiré el fuego eterno de la verdad.
Esplendorosa llama que nunca se apaga
porque es la luz interna del universo, originaria
de aquellos dioses que nacieron con el alba .*

CAPÍTULO 30

-¡Tres miserables centésimas de segundo!- exclamó Armand en el momento que les servían el famoso codillo.

-Creo que tendremos que colgar las botas- continuó Michael.

-El jamaicano se clasificado para la final con 10,48 y tú caes eliminado haciendo 10,51.

-Casi preferiría que no me lo recordases, Armand.

-Es que no puedo callármelo. Necesito gritarlo a los cuatro vientos. “***Mi amigo no opta a medalla por tres centésimas de segundo***”-Se levantó de la mesa y lo gritó a todos los turistas que se estaban poniendo... tibios... de cerveza.

-Vamos, Armand. Siéntate-sonrió Michael.

-No te entiendo. Deberías subirte por las paredes, y ahí estás, comiendo como los “*buitres medievales*”.

-Ya he ayunado más de diez años... y hoy toca comer-seguía sonriendo Michael.

-Lo que creo es que la alemana te ha atontado el cerebro.

-Eso será, Armand.

-Dios. Parece que no tienes sangre en las venas.

-Te contaré un chiste, Armand.

-Seguro que ya me lo has contado en otra ocasión. ¡Eres terrorífico para hacer reír! El mejor chiste de la historia contado por ti parecería pura tragedia.

-Ya sé que es malo, pero me lo has recordado.

-Cuenta.

-Van varios viajeros en el compartimento de un tren-inicia el chiste Michael.

-¡Qué chiste más malo!

-Pero si no lo he contado... ¿Cómo puedes decir que es malo?

-Pues porque todo lo que empieza en un tren... no puede ser bueno.

-Michael conocía a Armand, y cada vez le entraba más risa.

-¡Sigo o no! ¡Armand!-Michael disimuló ponerse serio.

-Vale... continúa.

-Eran esos vagones antiguos que tenían unos asientos donde cabían cuatro personas en cada lado.

-Claro, no van a ser monos.

-Hay que aclarar que por aquel tiempo el servicio militar era obligatorio, y que los soldados apenas si tenían dinero para llegar hasta el cuartel, procedentes de sus pueblos.

-¡Dios!-¡Qué alemana!- Se quedó Armand mirando a una chica rubia y con minifalda.

Michael le miró.

-Disculpa... Es que soy amante de la Naturaleza.

-Tendrías que haber estudiado Medicina en lugar de Física.

-Sí... Cirugía Plástica.

Parecía que la cerveza se les había subido un poco a la cabeza. ¡Habían sido largos años de preparación para las Olimpiadas!

-Bueno... ¿Terminas el chiste o no?

-Están los viajeros sentados hablando, cuando el revisor abre las puertas correderas, y comienza a picarles los billetes.

-¿Y?

-Cuando está justo en una esquina del compartimento, su pie se topa con dos botas de militar.

-Se supone que hay un polizón.

-Sí. Así es. Lo has entendido.

-De acuerdo.

-Entonces, el supervisor le da una patada a los pies y le grita:

“Usted, polizón, salga de ahí”

En la otra punta del compartimento, de debajo de los asientos, aparece un rostro y dice:

¿Quién? ¿Yo?

-¡Y usted, el de la otra punta, salga también!

Se levanta el militar y sale de debajo del asiento. Medía cerca de dos metros de altura.

-No entiendo...

-¡Armand! Resulta que el revisor creía que eran dos los militares que había escondidos, y solamente había uno.

-¡Ah!

-Bueno... da igual. Pide otras dos jarras de cerveza.

CAPÍTULO 31

-Lo siento Michael-le dijo con cariño François.

-El deporte de alta competición es muy desagradecido-contestó Michael a François y a Madeleine que le habían invitado a cenar.

-Todavía podrías presentarte a las siguientes olimpiadas.

-No creo. Como mucho participaré en los campeonatos europeos. Si bien es cierto que en 1976 tendría 31 años; como el británico que se ha presentado en estos juegos, y lo ha hecho bastante bien.

-El tiempo lo dirá-intervino en la conversación Madeleine.

-¿Qué tal las clases?

-Han comenzado bien. En la carrera de Matemáticas no suele haber alumnos que no están interesados en las asignaturas.

-Se supone que quien está es porque le gusta.

-Al principio, sí. Luego, cuando llegan las dificultades, muchos abandonan, y en el intervalo que transcurre entre los malos resultados y la decisión final de dejar la carrera suele haber más apatía.

-Me imagino que será una carrera muy difícil-supuso Madeleine.

-Sí. Creo que hay que haber nacido para ser matemático.

-Y de mujeres ¿qué?, Michael-le preguntó con espontaneidad François.

-Poca cosa.

-Deja al chico tranquilo. Ya tendrá tiempo-dijo Madeleine.

-Conocí a una atleta en Munich.

Madeleine y François le miraron.

-Nada especial. Era muy simpática. Nos hicimos buenos amigos, conversamos...

-¡Es que donde haya una atleta francesa!- exclamó François.

-Es de Alemania Oriental.

Los dos le volvieron a mirar sorprendidos.

-Tampoco tiene mucha importancia. Sólo os lo comentaba. Nada más.

-Entonces... ¿no te vas a casar con ella?-dijo bromeando Madeleine.

-De momento no-respondió sonriendo Michael.

-Por cierto. Hablando de mujeres,-continuó François- tienes que ver mi nuevo camión.

-Entonces... -dijo fingiendo enfado Madeleine- ¿Las mujeres y los camiones te parecen lo mismo?

-Son parecidos... ambos tienen faros.

-Es imposible hablar contigo en serio-casi se enfadó Madeleine.

-Es verdad. Las mujeres tienen unos ojos muy bonitos.

- Sí, ahora disimula... Ya me lo dirás esta noche-

-¿Qué tienes los ojos bonitos?

-No... lo de los faros.

-Anda, tonta, no te enfades. Ya sabes que soy un poco bromista-François se levantó de la silla, se dirigió al otro lado de la mesa y abrazando el cuello de Madeleine le dijo algo al oído.

-Vete de aquí, zalamero-despachó a François sin poder contener la sonrisa.

-¡Mujeres!- exclamó François mirando a Michael.

-Dicen que son lo mejor del mundo-añadió el matemático-

-Una mujer como tu tía Madeleine, sin duda alguna. Si te toca alguien así, es el mejor tesoro que un hombre puede alcanzar.

Michael se quedó un poco pensativo.

-¿Te animas a hacer unos kilómetros en mi Berliet 1972?

-Ya veo que no cambias de marca-le dijo con cariño Michael.

-Podemos ir los tres hasta Lourdes-sugirió François.

-Buena idea-exclamó Madeleine.

-Sería estupendo recordar viejos tiempos-añadió el matemático.

CAPÍTULO 32

El Sol desaparecería por el horizonte en veinte minutos. La cabina del Berliet 1972 era muy cómoda y ancha. Madeleine estaba en el centro y Michael miraba hacia la luz dorada del atardecer. Permanecía ensimismado. ¿Qué haría Karoline? ¿Seguiría percibiendo los destacados acontecimientos que él realizaba? ¿Habría sabido algo de la agradable estancia de los tres en Lourdes?

-Mira, Michael-interrumpió el silencio Madeleine-. Ahí es donde vimos aquella vez a los tres hombres caminando hacia el pueblo.

-Es verdad. Ya no me acordaba-dijo François.

-¿Quiénes eran aquellos hombres Michael?-preguntó Madeleine.

Michael quedó en silencio unos segundos. No sabía qué contestar. O sí lo sabía, aunque temía que pudiesen pensar que estaba un poco chaveta... Pero

si no se lo podía confesar a las personas que más confianza habían depositado en él...

-Si te apetece, François, paramos un rato, y damos un paseo por el campo-sugirió Michael.

-Por mí, estupendo-asintió Madeleine.

François aproximó el camión a una explanada cercana a la carretera y bajaron de la cabina.

-¿Dónde visteis a los tres hombres?-preguntó Michael.

-Creo que fue allí. Señaló Madeleine.

Las montañas ya habían ocultado los rayos de sol, si bien todavía quedaba luz para disfrutar del bello paisaje. Madeleine y François miraban con un poco de extrañeza el interés que mostraba Michael por un acontecimiento ocurrido hacía cerca de veinticinco años.

-Tal vez os pareceré algo loco-dijo Michael.

-No digas eso, Michael-le recriminó con cariño Madeleine.

-Como os he dicho, en Munich conocí a una joven alemana.

-¿Sí?

-Al principio no creí lo que decía, pero después de aportar datos y pruebas, me sugirió que, muy probablemente, aquellos tres humanoides eran extraterrestres o, cuando menos, “no humanos”-

Los tres caminaban sobre la hierba, deleitándose con el aroma del atardecer. François y Madeleine se detuvieron y miraron con enorme sorpresa a Michael. Y cuando el atleta temía que le mostrasen alguna palabra de desaprobación, escuchó algo extraordinario que no estaba escrito en el libro que le había regalado Karoline. Algo que para muchos, solamente, serían alucinaciones de incultos pueblerinos.

-¡Entonces...-exclamó François- sí que era verdad lo que se rumoreó en el pueblo!

Ahora fueron Madeleine y Michael quienes se quedaron mirando sorprendidos a François esperando que se explicase mejor.

-Recuerdo muy bien el año en que ocurrió. El mes, no tanto. Quizás Septiembre u Octubre. Fue en 1946. Recién terminada la guerra.

-¿Sí?-preguntó, impacientemente, Michael.

-Estábamos varios excombatientes en el bar.

-Claro. Allí aprenderías a jugar al póker, caradura- le dijo con cariño Madeleine.

-Sí. Así fue-respondió sonriendo François.

-Sigue, por favor.

-Llegaron dos pastores: Lucien y Jean Paul. Estaban empapados en sudor, pálidos. Pidieron un cognac. Dejamos de jugar y nos acercamos.

***“-Creo que hemos visto un avión alemán-
dijo Jean Paul-***

***-Yo creo que no. Que era como una
fiambarrera-apuntó, Lucien.***

-Bueno... lo que sea.

***-Hemos echado a correr hasta que hemos
llegado aquí.***

-Vamos a verlos-dijo uno de nosotros

-Yo no vuelvo-dijeron Jean Paul y Lucien al mismo tiempo-“

-¿Y? –preguntó Madeleine.

-Ocurrió muy cerca de donde estamos. Vinimos los cuatro excombatientes. Observamos un círculo de hierba quemada. Nada más.

La noche había dejado al descubierto cientos de estrellas.

-¿Nos vamos?-propuso Madeleine.

François y Madeleine no vieron que el rostro de Michael estaba surcado de perlas saladas. Las lágrimas de quien echa en falta a alguien... a sus hermanos mayores.

¡Karoline, no me abandones, ahora, por favor!-rezó el matemático con intensa vehemencia.

CAPÍTULO 33

Michael aparcó su Citroen 2 CV en la plazoleta de la iglesia de Laruns. Eran las ocho horas y treinta minutos. Las campanas repicaban. Algunas feligresas entraban, lo que parecía indicar que comenzaba la misa. Respetuosamente, tocó con los dedos el agua bendita de la pila, hizo algo parecido a santiguarse, y se sentó en el penúltimo banco, cerca de una columna, donde nadie le veía.

Intermitentemente oía sermonear al sacerdote y cantar a las beatas. Por un tiempo pensó en Jesucristo, en lo extraño que era que se hubiese dejado crucificar...

Cuando alguien permite que le quiten la vida de una forma tan “convenida”, es porque hay algo más allá, que no se ve a simple vista-se decía.

Quince minutos más tarde salió, compró dos barras de pan recién hecho y continuó por la carretera hasta llegar a la cima del Portalet. Aparcó

el Citroen 2CV, se calzó las botas de montañero, se cargó la mochila a la espalda, y caminó con tranquilidad y parsimonia observando la cima nevada del Midi D'Ossau.

Por sendero todavía no había nieve. Era el principio del otoño. Las hayas y robles habían tomado un color dorado y rojizo que contrastaban con el verde de los extensos bosques de pinos y abetos.

Respiraba profundamente. El frescor penetraba en sus pulmones y la vida reconfortaba su espíritu.

Había contestado a una de las preguntas más persistentes: ¿Quién era él?

Pero... siempre hay “un pero”. Ahora no sabía qué camino debía continuar.

¿Para qué estaba en este planeta? ¿Cuál era su destino? ¿Era un ser de dos mundos? ¿Por qué había conocido a Karoline? ¿Qué relación debía entablar con ella? ¿Cómo debía proseguir su vida? ¿Era necesario intentar formar un pequeño grupo de humanos y mostrarles el camino de la creación de

abstracciones mentales? ¿Debía decir a los conocidos que el mundo no era lo que solamente se ve a simple vista?

En su mente aparecían una enorme cantidad de preguntas que nadie podía responder por él.

El Midi D'Ossau refulgía blanco. Sus ojos no resistían la excesiva luz. Se sentó. Aprovechó para poner dentro del pan recién hecho, una tortilla de dos huevos que le había hecho el día anterior Madeleine... se sintió feliz.

Continuó por el sendero, tocó la nieve, y desde allí divisó montañas y bosques tanto a un lado como al otro de la frontera entre Francia y España.

Y descendiendo, cuando el oxígeno había impregnado cada célula, cada rincón de su cuerpo, supo qué es lo que tenía que hacer.

De nuevo, regresaba desde el fondo de su corazón, la claridad mental de saberse uno más en el mundo, fusionado y mezclado con miles de millones de seres humanos. Tal vez era un semi-dios, pero su corazón se regocijaba de ser simple y sencillamente hombre.

La segunda decisión estaba relacionada con Karoline. Ambos eran hijos de las estrellas e hijos de los hombres. No parecía necesario ni obligatorio que su separación les causase más sufrimiento.

Imaginó el momento en el que Karoline abriría la puerta y diría: hola. Michael sonrió y aceleró el paso.

CAPÍTULO 34

Michael bajó los tres peldaños del vagón del tren. Se encontraba en la estación de Friedrichstrasse, Berlín Oriental.

Revisaron su pasaporte. Le preguntaron el lugar al que se dirigía y quién le había invitado.

-Karoline Busch-respondió Michael.

Los dos guardias le miraron por última vez y le dejaron pasar.

Atravesó el Palacio de las Lágrimas, donde se despedían padres de hijos, hermanos de hermanas, y todos aquellos que habían quedado separados por la construcción del muro de Berlín en el año 1961.

En el paso fronterizo apenas había tenido nervios. Pero ahora, conforme caminaba hacia la dirección que Karoline le había entregado en un papel bien resguardado en el interior del libro, sentía cómo le temblaban las piernas.

¿Quizás se había precipitado en su decisión de visitar a Karoline? ¿Tal vez estaba casada y no lo sabía? ¿Y si tenía hijos?

-Bueno-se consoló a sí mismo-como mucho, mañana regresaré a París.

Era una casita de una sola planta. Pulsó el timbre.

-¿Sí?- abrió la puerta una niña.

-¿Está Karoline?

-¡Papá!-gritó la pequeña-preguntan por Karoline.

Apareció un hombre de unos cuarenta años.

-¿Sí?

-Disculpe. Creía que vivía aquí Karoline Busch-tartamudeó Michael- pensando “*tierra trágame, está casada y tiene una niña*”

-Sí. Así es. Vive aquí. Soy su hermano-dijo sonriendo.

La cara de Michael debía de ser muy explícita.

-Ya-acertó a decir balbuceando.

-Usted debe ser Michael el velocista.

-Sí-respondió totalmente sorprendido.

-Pase, por favor. Karoline está a punto de venir del instituto.

-Me llamo Ernest-le habló mientras se daban la mano.

-Encantado.

-Agneta. Saluda al señor-indicó el padre a su hija.

-Siéntese por favor- rogó Ernest a Michael.

-Gracias.

-Hace tiempo que le está esperando-continuó Ernest mientras se sentaba también.

Michael puso cara de sorpresa.

-Ya sabe que Karoline es especial. Siempre nos habla de usted.

En ese preciso instante se abrió la puerta. Agneta corrió a saludar a su tía.

-Michael te está esperando en el salón-la niña no perdió un segundo en decírselo.

Karoline se quitó el abrigo con gran nerviosismo, se miró a un espejo que había en el recibidor y entró al salón.

Michael se puso de pie. Avanzó hacia Karoline y la abrazó.

Ernest tomó la mano de Agneta. Les dejaron solos.

-Toda una vida esperándote, Michael-llegó a decir Karoline entre sollozos.

CAPÍTULO 35

Envueltos por la oscuridad más absoluta de la habitación, Karoline y Michael permanecían de pie uno enfrente del otro.

Karoline sentía un inmenso respeto por el milagro que iba a ocurrir en aquellos instantes.

Tímidamente apoyó su rostro en el pecho de su amado Michael.

El joven acarició con su mano derecha el cabello de Karoline, mientras rodeaba con su brazo izquierdo el cuerpo de ella.

La respiración se mecía en ambos hasta llegar a seguir el mismo compás.

Michael inclinó la cabeza y besó el cuello de Karoline, quien aun estando inmersa en la oscuridad más absoluta tenía cerrados los ojos, para poder soñar aquel instante de belleza inmarcesible y eterna.

Él, con los dedos acarició el terso rostro de su amada, quien posó las palmas de las manos en el torso de Michael.

En ese preciso instante, el joven con una leve presión sobre los hombros de Karoline, hizo que se volviese.

Con inmenso amor, acarició la espalda de Karoline mientras caía la blusa al suelo. Sus manos apenas contactaban con la columna vertebral de ella, que deseó besar los labios de Michael.

El hombre la tomó en brazos y la dejó con delicadeza sobre el lecho.

Y en algún instante de divina inconsciencia amorosa, los dos quedaron unidos por el definitivo abrazo del amor.

Del corazón y la mente de Michael, brotó una enorme cantidad de materia luminosa que envolvió a Karoline.

Una nueva semilla de vida y luz quedó depositada en la matriz, una con la Matriz del Universo en donde nacen el tiempo y el espacio.

CAPÍTULO 36

Karoline se despertó con la luz del sol que se reflejaba en la nieve del alféizar de la ventana. Se giró y acarició la espalda de su amado Michael. Deslizó los dedos hasta envolver con ellos los equilibrados pectorales del atleta y reposó su cara sobre la cara de él.

-Te amo-le susurró las dos palabras nacidas en lo más profundo de su corazón.

Michael se despertó, se volvió hacia Karoline y la abrazó.

Los ojos de los dos amantes estaban cerrados.

-¡Ojalá que este instante fuese eterno!

-Lo es-respondió sonriendo Michael.

-Los dos, juntos para la eternidad-añadió Karoline.

-El amor es eterno-respondió Michael con aplomo.

-Pero nosotros no.

-¿Y si lo somos?

-Bueno, por si acaso no es como tú dices, dame un beso.

Michael besó la nariz de Karoline.

-No. Así no, tonto.

Michael besó los labios de Karoline, y luego la abrazó muy fuertemente.

-Me gustaría quedarme contigo en Berlín-deseó en voz alta Michael.

-¿De verdad lo deseas?

-Sí. Quiero estar contigo.

-No tienes ningún deber para conmigo-le tanteó Karoline.

-Lo sé.

-Lo único que deseo es que tú seas feliz, Michael. Y tal vez aquí no puedas vivir como lo haces en París.

-Te diré un secreto.

-¿Crees que tienes algún secreto que yo no sepa?-respondió sonriendo ella.

-Deseo dejar atrás toda mi vida, ser una persona sencilla que cuida de su mujer e hijos; que tiene un trabajo común y corriente, y que nadie le exige ni marcas, ni resultados, ni ser siempre brillante

-Tal vez podrías ser profesor de matemáticas y francés en algún instituto de Berlín.

-Eso sería maravilloso.

-¿Y tu amigo Armand?

-Va detrás de una americana.

-¿Y tu familia?

-Estoy seguro de que lo entenderán.

-Entonces... ¿No te importaría ser un humilde y necesitado profesor de nuestros institutos?

-No-respondió con firmeza Michael.

-Si te apetece... podríamos pasear sobre la nieve-propuso con alma infantil Karoline.

-Pero primero... me gustaría desayunar.

-¿Un café con leche y unas tostadas con mantequilla y mermelada?-añadió Karoline.

No había terminado de decir la palabra mermelada, y Michael ya estaba de pie.

¡Hombres!-exclamó Karoline.

Michael... ya no estaba...la tostada de pan untada con mermelada y mantequilla le estaba llamando.

CAPÍTULO 37

Madeleine permanecía sentada en una mesita del bar. Observaba cómo François disfrutaba jugando al póker con unos jóvenes.

Alguien había abierto la puerta y atravesado la cortina multicolor que evitaba la entrada de insectos. Levantó la vista y contempló a una joven que podría tener dieciocho años.

-¡Qué bella!-pensó sin reconocerla.

La joven miraba con curiosidad. Le había hablado tanto su padre de aquel lugar que se lo conocía al dedillo. No había cambiado la disposición de las mesas, y apenas el decorado.

-¿Madeleine?-preguntó la joven.

-¿Sí? –contestó la dueña del bar levantándose sorprendida.

-Soy Giselle... la hija mayor de Michael.

Madeleine no pudo resistirlo. Las lágrimas apenas le dejaron hablar y tuvo que apoyar la mano izquierda en la mesa. François apenas escuchó el nombre de Michael, dejó las cartas sobre el tapete y se acercó, habiendo pedido disculpas a los jugadores.

-Mis padres llegan ahora. Están aparcando el automóvil.

-Excusa a Madeleine. Está un poco delicada del corazón-dijo François a la vez que la saludaba con dos besos en ambas mejillas.

Entraron Karoline, Michael, y cogida de su mano, una niña.

-Minna, saluda a François y a Madeleine-indicó Michael a la pequeña.

La niña corrió hasta François, quien se inclinó para que le pudiese besar. Seguidamente avanzó unos pasos hasta Madeleine y le regaló dos besos.

La atleta alemana-saludó con cariño a François.

-Encantada, François. Michael me ha hablado mucho de usted.

Mientras las mujeres saludaban a Madeleine, François abrazó a Michael. Sus ojos se anegaron de lágrimas. ¡Habían pasado dieciocho largos años!

Madeleine les miró. Había perdido la esperanza de que un día aconteciese el milagro de su reencuentro. Hacía escasamente un año que el muro de Berlín había sido hecho trizas, y por fin podían atravesar el terrible “telón de acero”

CAPÍTULO 38

Aquel 14 de Julio de 1990 fue un día maravilloso en la vida de Madeleine y François. Tenían en su hogar a su amado “hijo”. Por si fuese poco, el regalo de las tres bellas mujeres, en especial la pequeña Minna, incansable y preguntona, llenaban la antigua casa de anchas paredes de piedra. Como no podía ser menos, realizaron una excursión a Lourdes. Madeleine y François sabían de la debilidad de Michael por aquel lugar. Era como si su corazón, por alguna causa desconocida incluso para él, estuviese relacionado con tan sagrado sitio de culto y peregrinación. Regresaron al atardecer recordando el lugar de los extraños hombres así como el día en que Michael casi pierde la vida con la descarga eléctrica. Madeleine preparó la “mesa larga”, atiborrada de exquisitos manjares, para cenar en el pequeño patio interior. Y entre gritos y alborotos ayudaron a ponerla las tres alemanas.

Aunque intentó disimularlo, Michael se puso un poco serio. Detalle que detectó desde lejos Madeleine.

-Entonces... François... ¿Te ha gustado nuestro coche?-preguntó Michael

-Ya lo creo. Conocía el Volkswagen Passat, pero no su último modelo.

-Te quiero enseñar algo, vamos a verlo un momento-le rogó Michael.

Los dos hombres se acercaron al Passat recién salido de la fábrica en el mes de mayo.

-El hermano de Karoline nos lo ha conseguido por un precio especial-especificó Michael mientras François se sentaba en el asiento del conductor.

-¡Qué elegante!-exclamó François-¡Déjame ver las especificaciones!

Michael extrajo el folleto de la guantera y se lo entregó.

François repasó las características y llegó a la cuadrícula donde se detallaba el nombre del propietario.

“François DuBois ”

-No entiendo-Michael-dijo François rogando una explicación.

-Es un regalo, François-le contestó Michael con cariño.

-Es demasiado, Michael.

-Nada comparable al Luis de oro.

-¡Todavía te acuerdas!-exclamó sorprendido François.

-¡Algo así no se olvida nunca en la vida!

-Menudo susto me diste, pillín-dijo cariñosamente François.

-Aquella experiencia me hizo un hombre-añadió sonriendo Michael.

-Nos están esperando. ¿Vamos? –sugirió François tocando el hombro de Michael.

Ambos salieron del Passat y fueron a cenar.

-¿Cómo volveréis a Berlín?

-Mañana nos recogerán unos amigos en la frontera con España.

-¿Cerca de aquí?

-En el Midi D'Ossau.

-A la vuelta podréis pasar por aquí-le dijo François pensando que aprovecharía para ver unos días el Pirineo español.

-¡Sí!-respondió lacónicamente Michael.

La cena fue muy alegre. Minna llenaba con su inocencia y candor los raros silencios de los mayores.

-Algo no va bien-le dijo Madeleine a François cuando se retiraron a dormir.

-Es imposible que vaya mejor. Michael es feliz con Karoline y las niñas.

-Sí... pero... no sé... tengo una extraña sensación.

-¡Vamos Madeleine, lo que te ocurre es que no estás acostumbrada a ser tan feliz!

-¡Tal vez! Tanta felicidad no puede durar eternamente.

CAPÍTULO 39

Fecha: 15 de Julio de 1990

Hora: 21 horas 0 minutos

Longitud Oeste: 0 grados, 26 minutos

Latitud Norte : 42 grados, 50 minutos

Madeleine y Karoline estaban terminando de recoger los platos y vasos de plástico así como el mantel que habían extendido sobre la hierba. El Sol se había puesto, y un nítido manto azul envolvía Midi D'Ossau.

Venus hizo su aparición. Recordaba a los humanos que existen otros planetas además de la Tierra.

-Parece que tardan vuestros amigos-comentó preocupado François.

-Seguro que llegarán.

Giselle terminó de recoger los utensilios, dejó el bolso con el mantel y las servilletas en el Passat, y entonces llegaron.

-¡Ya están aquí!-exclamó Minna.

Todos miraron a la niña que señalaba hacia la carretera.

-¡Son los tres hombres!-añadió Madeleine.

Por la estrecha carretera, tres figuras se estaban acercando. Más allá de ellos, a unos cien metros, había una nave espacial ovalada y resplandeciente. Una parte central rotaba a enorme velocidad.

Madeleine comenzaba a entender el extraño sentimiento que había tenido durante los últimos dos días.

-¡Os marcháis con ellos!-exclamó Madeleine mientras se acercaba a Michael y le miraba a los ojos con amor e inquietud.

-Sí, Madeleine.

-¿Los cuatro?

-Así es-respondió Michael.

-Pero... intentaba articular Madeleine

-Toda una vida nos hemos preparado para esto, Madeleine.

-¿Y la pequeña Minna?

Todavía no había terminado de decir el nombre de la pequeña, cuando la niña echó a correr y dio la mano a uno de los tres humanoides que permanecían estáticos a veinte metros del automóvil.

-No te preocupes Madeleine. Nosotros estaremos bien-intentaron tranquilizarla Karoline y Giselle.

Michael se acercó a François. Se miraron a los ojos, se abrazaron.

-Espero que sepas volver con el Passat-bromeó Michael para evitar las lágrimas.

-Hablas con un experto-respondió François.

Seguidamente, Michael besó a Madeleine y los tres partieron en dirección a los humanoides.

Madeleine no podía creer lo que estaban viendo sus ojos.

Los tres humanoides y Minna estaban muy cerca de la nave. Karoline, Michael y Giselle les seguían a unos metros.

Apenas faltaban ochenta metros para llegar a la nave cuando Giselle se detuvo.

-¡Papá!

-¿Sí?-preguntó volviéndose.

-Yo no voy.

Karoline miró a los ojos de su hija.

-Mi mundo es este.

-¡Habíamos decidido irnos los cuatro!

-Sí. Pero no puedo...

Hubo un silencio y Karoline supo qué ocurría.

-¿Es por Hermann?-preguntó Karoline a Giselle.

-Sí.

-¡Decías que no era nada para tí!-respondió con sorpresa Michael.

-Eso creía papá... Pero ahora... sé que le quiero.

Giselle se abrazó a Michael sollozando.

-Perdona papá.

-¡No hay nada que perdonar mi estrella! ¡Lo importante es que seas feliz!

Giselle se dio la vuelta, regresó corriendo hasta donde permanecía expectante Madeleine y se abrazó a ella.

Michael la observó. Aunque las lágrimas rodaban por su mejilla, estaba alegre. Giselle sería feliz.

-Vamos Michael, es la hora-le dijo Karoline dándole la mano.

Michael observó el fulgor de la nave.

Ya no miró atrás. Su corazón era el de un hombre nuevo. Un extraordinario futuro les estaba esperando.

Entraron en la nave, se cerró la puerta, y la parte central que rotaba aumentó su velocidad a la vez que su resplandor.

Madeleine, François y Giselle observaban atónitos el extraordinario fulgor que apenas se podía resistir.

Cuando alcanzó tal intensidad que semejaba el disco solar del medio día, pareció desplazarse rapidísimamente hacia la derecha y desapareció.

Unos montañeros que descansaban por las cercanías observaron la luz y contemplaron cómo se había esfumado hacia la izquierda.

-Se han marchado-dijo en voz baja Madeleine.

-Sí-añadió François.

Giselle permaneció en silencio. ¡Cómo les iba a decir que en realidad eran ellos los que se habían ido del lugar! ¡Cómo les iba a explicar que la nave se había quedado en un punto fijo y que era la Tierra la que se desplazaba a 30,2 K/segundo incluidos los movimientos de traslación y rotación! ¡Cómo podría razonarles que Karoline, Michael, Minna y ella misma habían sido transmutados con procedimientos, por denominarlos de alguna forma, atto-tecnológicos!

-¿A dónde han ido, Giselle?-preguntó François

-Al futuro.

Madeleine percibió en su corazón la dulce caricia de la alegría, la contenida esperanza de quien sabe que volverá a ver una vez más a sus seres queridos.

FIN

OBRA LITERARIA DE QUINTÍN GARCÍA MUÑOZ

Los ciclos del Planeta Andria	Novela
Iniciación	Novela
Magia Blanca	Novela
Ingrid y John o Unificación de las almas	Novela escrita con María Eliana Aguilera Hormazábal
Plaza Baquedano	Antología de autores chilenos – Con María Eliana (cuentos)
Río Bellavista	Antología de autores chilenos – con María Eliana (cuentos)
Parque Merced	Antología autores chilenos – con María Eliana (cuentos)
El Hijo de Osiris o El hombre que amó mil corazones	Novela
Cuentos de Almas y Amor	Cuentos con Salvador Navarro Zamorano e Isabel Navarro Reynés
Nueva Narrativa	Narraciones con Salvador Navarro Zamorano e Isabel Navarro Reynés
La Cueva de los Cuentos	Página web de cuentos.
El camino del Mago	<i>(Poemas y prosa) Quintín & Salvador</i>
Cerro Forestal	Antología de autores chilenos – con María Eliana (cuentos)

Crónicas	(<i>Versos y prosa</i>) (<i>Quintín & Salvador</i>)
Creadores de Mundos	<i>Poemas</i>
Serpiente de Sabiduría	En formato de guión
Nueva Narrativa Vol 2	Relatos con Isabel Navarro Reynés y Salvador Navarro
Lecciones de cosas	Ensayos & <i>poemas</i> (Salvador Navarro Zamorano & <i>Quintín</i>)
La mujer más poderosa del mundo	Novela Salvador Navarro Zamorano & Quintín García Muñoz
Alma	Poesía
Telepatía y Teleenergía	Ensayo
Transmutación Humana	Ensayo
Etérea	Novela
Atrapando la luz	Poesía
Hijo de las estrellas	Novela
Página web	www.orbisalbum.com



Quintín García Muñoz

LA GRAN INVOCACIÓN

Desde el punto de Luz en la Mente de Dios,
Que afluya luz a las mentes de los hombres;
Que la Luz descienda a la Tierra.

Desde el punto de Amor en el Corazón de Dios,
Que afluya amor a los corazones de los hombres;
Que Cristo retorne a la Tierra.

Desde el centro donde la Voluntad de Dios es
conocida,
Que el propósito guíe a las pequeñas voluntades de
los hombres;
El propósito que los Maestros conocen y sirven.

Desde el centro que llamamos la raza de los hombres,
Que se realice el Plan de Amor y de Luz
Y selle la puerta donde se halla el mal.

Que la Luz, el Amor y el Poder restablezcan el Plan
en la Tierra

UNIFICACIÓN

Los hijos de los hombres son uno,
y nosotros somos uno con ellos.
Tratamos de amar y no odiar,
de servir y no exigir servicio,
Tratamos de curar y no herir.

Que el dolor traiga la debida recompensa
de luz y amor.

Que el alma controle la forma externa,
la vida y todos sus acontecimientos,
y traiga a la luz el amor que subyace en todo
cuanto ocurre en esta época.

Que venga la visión y la percepción interna.
Que el porvenir quede revelado.
Que sea demostrada la unión interna.
Que cesen las divisiones externas.
Que prevalezca el amor.
Que todos los hombres amen.